Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

NOVELA INÉDITA

Neil Abner

Por amor al oro



EDICIONES FORUM

Neil Abner

Por amor al oro

Neil Abner

Por amor al oro

EDICIONES FORUM

1ª. edición: junio 1985
Esta edición es propiedad de Editorial Delta, S. A. Paseo de Gracia, 88, planta 5.a 08008 Barcelona.

ISBN: 84-7598-141-0
Depósito Legal: M. 17.763-1985
Fotocomposición: T.G.S.
Luis Millet, 69. Esplugas (Barcelona)
Impresión: Gráficas FUTURA, Sdad. Coop. Ltda. Villafranca del Bierzo, 21—23.
Fuenlabrada (Madrid)
Printed in Spain - Impreso en España, junio 1985

1

Durante las últimas cuarenta y ocho horas, y desde que habían abandonado el astropuerto de Milestone, los dos socios no se habían dirigido la palabra.

Encerrados en aquella no excesivamente grande astronave mercante, cada uno de ellos se había metido en su habitáculo y allí se había dedicado a hacer su vida sin contar en absoluto con su socio.

Geo «Dog» Taylor se había quedado en el puesto de mando, ya que era el piloto, había ocupado uno de los pequeños camarotes que había junto a él y había consumido los últimos dos días en estudiar detenidamente los archivos de naufragios.

«Dog» tenía unos treinta y cinco años, aunque su pelo bastante canoso contribuía a darle un aspecto más viejo de lo que era. Si se le estudiaba detenidamente se veía que sus movimientos eran elásticos y flexibles, muy poco apropiados para la edad que aparentaba. Sus ojos azules contribuían a darle un aire todavía más peculiar; al igual que su anticuada manía de llevar barba, también invadida por las canas.

Su socio y compañero, Tim «Cat» Stubbs había decidido bajar a las bodegas y ocupar uno de los camarotes que había junto al taller de pequeñas reparaciones. Su mayor hobby era el bricolaje: sus amigos decían de él que, armado de un maletín de instrumentos y herramientas, era capaz de transformar la Torre Eiffel en un aparato de video—tridimensional.

Sus detractores, por otra parte, añadían que con los mismos utensilios, y la misma torre como materia prima, «Cat» era capaz de desarmarla, volver a montarla sin que se pareciera en absoluto al original, y descubrir que le habían sobrado un par de toneladas de piezas y tornillos.

«Cat» era más joven: no llegaba a los treinta. Su pelo rojizo resaltaba como una llama, porque lo llevaba largo y porque siempre se movía dando saltos y bruscos giros, que hacían ondear su melena.

Los que conocían a los dos socios pensaban que sus motes estaban muy bien colocados: perro y gato, «Dog» y «Cat».

Y ellos, por su parte, hacían honor al viejo dicho de llevarse como el perro y el gato, y procuraban estar siempre enfrentados y discutiendo.

Pero no siempre había sido así: se conocieron en el planeta Norogod, el planeta de los casinos, las chicas alegres, los hoteles de lujo…

«Dog» acababa de ganar bastante dinero trabajando en unas prospecciones de minerales en otra Galaxia.

«Cat» no tenía ni un duro pero decía que le sobraban ideas para conseguir dinero.

«Cat» consiguió convencer a «Dog» de que un buen negocio sería el montar una compañía de rescate de astronaves naufragadas:

— ¡Sé dónde están los mayores navíos transgalácticos! ¡Sólo en chatarra valen una fortuna!

Dog estuvo dándole vueltas a la idea hasta que se dejó convencer por su compañero: a costa de sus ahorros compraron una pequeña nave, casi lista para el desguace, a la que Dog bautizó «Basura Cósmica». Crearon una sociedad limitada con el pomposo nombre de «Treasures Unlimited Inc.»

Y se lanzaron al espacio.

La primera semana fue apasionante. De aquel viejo cascarón «Cat» comenzó a extraer piezas de aquí y de allá y ensamblarlas en el puente de mando.

Los cables eléctricos, los circuitos de ordenador, las pantallas salidas de no se sabe dónde, comenzaron a rellenar los pocos espacios vacíos que quedaban en la cabina de navegación.

— ¿Y eso? —preguntaba sorprendido «Dog»—. ¿Para qué sirve?

—Es un scanner espectrográfico: nos informa del tipo de materiales que hay en la astronave que analiza. También, si lo conectamos a este pequeño ordenador, nos puede decir los tantos por ciento de cada uno, el precio que alcanza su cotización en los planetas más próximos, el gasto en energía que nos va a suponer llevarlo hasta allí... ¡Y, además, realiza un estudio de ingeniería sobre la mejor forma de desguazarlo, así como las piezas que se conservan bien y pueden ser vendidas, como repuestos, en lugar de destinarlas a chatarra! ¡Y todo eso en unas pocas décimas de segundo!

— ¿No se preocupa de cobrar y gastarse el dinero por su cuenta? —respondió «Dog» irónicamente—. ¡Es lo único que le falta!

Como decíamos, la primera semana fue magnífica: los dos socios se entendían a las mil maravillas: «Dog» era capaz de manejar aquella nave como nadie, y «Cat» era capaz de convertirla en una maravilla de la cibernética y la electrónica.

Pero desde aquella primera semana habían sucedido muchas cosas: «Dog» había descubierto que «Cat» era demasiado impulsivo y muy poco dado a reflexionar las cosas. Y «Cat» había constatado que «Dog» era demasiado poco impulsivo y excesivamente meticuloso a la hora de analizar las mismas cosas.

De todas formas, había períodos en los que no estaban peleados. Generalmente coincidían con sus viajes por el espacio: es muy difícil convivir con una estatua silenciosa durante meses, sin olvidarse de viejas rencillas y tenderse la mano. Pero en el preciso instante en el que descubrían los restos de un naufragio, o cuando se disponían a gastarse los beneficios de su última operación, estallaban las peleas.

Y, generalmente, duraban hasta una semana después de

embarcarse. Pero en este viaje, las cosas habían ido demasiado lejos para los gustos de «Dog».

Habían conseguido un buen velero solar de hacía un par de siglos. Sólo las placas para el viento solar ya les compensaban del hallazgo. Lo habían remolcado, convenientemente despiezado, hasta Caledon-Txo, un planeta bastante rico en hierro, y en el que las factorías estaban dispuestas a surtirse también de material de desguace.

Mientras «Dog» permanecía en la nave, «Cat» bajó para buscar posibles compradores. Localizó a un viejo Ganimediano con el que llegó a un acuerdo económico.

Al día siguiente entregaron el velero solar, cobraron sus dólares y se dirigieron a la sucursal de su Banco: fueron juntos y peleando.

Juntos porque «Dog» se negaba a dejar aquel dinero en manos de su socio. Peleando porque «Cat» se sentía herido en su dignidad.

— ¿Acaso crees que me voy a escapar con el dinero? ¿En algún momento ha pasado una sombra de sospecha por tu mente de que yo sería capaz de hacerte una cosa así? —protestaba «Cat».

—Más que sombra de sospecha, es una densa capa de nubes —replicó «Dog» sin dejar de sonreír—. Me acuerdo de aquella vez en que te gastaste todo el dinero en comprar un planeta a muy buen precio... ¡Un planeta desierto y que no valía más que unas docenas de dólares!

— ¡Fue un error de cálculo! —Protestó débilmente «Cat», que se acordaba perfectamente de aquella historia—. Pero pensé que si descubría una forma de transformar los silicatos de la arena en metal, podríamos hacemos millonarios y...

—No hace falta que me cuentes eso una vez más. ¿Y aquella ocasión en que te jugaste todo nuestro dinero al póquer, con aquellos tipos de Brainmoon, que era telépatas? ¿Y cuándo...?

—Está bien, está bien... ¡Ya veo que no te fías de mí!

— ¡Ni un ápice! Y no porque crea que vas a intentar robarme, sino porque eres el cliente ideal para un estafador ciego y sordo—mudo.

«Cat» entró con el dinero en el Banco, mientras «Dog» le esperaba pacientemente en la acera. No le gustaba entrar en los sitios cerrados. ¡Bastante tenía con estar en su astronave casi todos los días del mes!

«Cat» tardó diez minutos en salir, y cuando lo hizo, iba acompañado por un robot de tamaño natural, y más parecido a los que se les daba a los niños para jugar, que a los que utilizaban los adultos.

— ¿De dónde has sacado eso? —preguntó «Dog» temiéndose lo peor.

«Cat» se sonrojó casi instantáneamente, y respondió de una forma apresurada:

— ¡No es lo que te imaginas! ¡Te prometo que no me ha costado ni un solo dólar!

— ¿Pretendes decirme que te lo han regalado?
—Psseee... ¡Casi! ¡Yo te lo explicaré!
«Dog» no dijo nada, esperando las explicaciones de su compañero.
—Se trata de una promoción especial del Banco. Tú colocas una cantidad de dinero a un plazo de..., de..., tres años, y ellos te regalan este fabuloso robot.
— ¡Tres años! ¡Fabuloso robot! ¡Esto es un pedazo de chatarra! —gritó «Dog»—. Esto ya no lo quieren ni los niños que no saben hablar. ¿Cuánto has tenido que dejar en el Banco?
—Todo.
— ¿Todo? ¿Quieres decir que no tenemos más dinero que el que llevamos en los bolsillos? ¿No ha sobrado ni un poco para comprar provisiones para el próximo viaje? ¿Ni siquiera podemos alquilar una buena habitación en un buen hotel, para darnos una buena ducha? ¿Ni siquiera para eso?
«Cat» negó con la cabeza y añadió:
—Ya sé que este robot no vale gran cosa... ¡Pero se me ha ocurrido que con unos pequeños cambios...!
— ¡Con unas pequeñas narices! —gritó «Dog», rojo de ira.
No se contentó con gritar en la calle, sino que tomó al robot por una de las extremidades, y a su socio por la otra y entró en el Banco decidido a deshacer la operación.
Pero de todos es sabido que los Bancos son unas instituciones muy serias y responsables y que el hecho de intentar hacer desaparecer una operación de sus ordenadores centrales es mucho más laborioso que localizar el Cementerio de Elefantes o Las Minas del Rey Salomón.
Media hora después, los dos socios estaban en la calle, con robot y sin diez mil dólares durante tres años.
No les quedó más remedio que volver a su vieja astronave, repasar la despensa y descubrir que su régimen durante el próximo mes iba a ser algas hidropónicas congeladas y sucedáneos de pollo a la plancha.
Después de aquella comprobación, «Dog» se recluyó en el habitáculo del Puente de Mando y se negó a contestar a ninguna de las llamadas que, por el intercomunicador, Te dirigió «Cat».
Y así durante dos días.
Al tercero, la cosa cambió.
«Dog» oyó una «División Panzer» avanzando por uno de los pasillos, bailando claqué y jugando a los autos de choque, todo a la vez.
Cogió su láser y salió al pasillo de un salto, dispuesto a defender la nave de cualquier ataque de piratas que hubieran entrado en ella.
Pero lo único que vio fue al robot de «Cat» que avanzaba entre una gran nube de humo.
— ¡«Cat»! —Gritó— ¿Estás bien?, ¿qué ha sucedido?

De entre la niebla apareció su amigo.

— ¿Estabas preocupado por mi vida? —dijo «Cat» con una cierta dosis de cinismo.

—Por supuesto que sí —replicó irónicamente «Dog»—. Nada me gustaría más que lanzar tu cuerpo al espacio y correr a cobrar tu seguro de vida.

En aquel momento el robot se detuvo ante él y le tendió una pipa.

— ¿Qué es esto? —preguntó «Dog» sorprendido.

—Una vieja costumbre americana. «Zumby» te invita a fumar la pipa de la paz con él y conmigo.

«Dog» sonrió al oír aquello. Dos días de soledad le habían ablandado lo suficiente como para volver a tener ganas de jugar unas partidas de «War Games» con su socio... ¡A pesar de que siempre le hacía trampas!

Cogió la pipa y le dio un par de bocanadas.

— ¿Le has llamado «Zumby»? ¿Por qué ese nombre?

—Es debido a que después de mis... ¡ejem!... reformas, la voz le ha quedado un tanto alterada.

— ¿Eso ha sido lo máximo que has conseguido? Esperaba que en dos días de soledad lo hubieras preparado para que trabajara en nuestro lugar.

—No vayas tan rápido... ¡He introducido bastantes mejoras! Lo he programado para que hable inglés, para que sea un experto de Derecho Espacial, le he dado unas nociones de cocina, además es capaz de manejar las pinzas exteriores, el scanner espectrográfico, el ordenador central... ¡Nosotros no tendremos que preocuparnos nada más que de preparar los restos para llevárnoslos!

—Antes de dejar mi nave en manos de este cacharro y salir al exterior, soy capaz de convertirme en minero en Aquilonea.

«Cat» pasó una mano por la cabeza del robot y lo miró con ojos paternalmente protectores.

—De verdad que puede prestarnos grandes servicios... ¡Ya verás sus habilidades como cocinero!

— ¿Lo has programado para las algas hidropónicas? ¡Es el único menú de la casa!

—No. Yo he encontrado unas latas... —y volviéndose a «Zumby» le preguntó—: ¿Qué hay de cena esta noche, chico?

Primero fue un sonido parecido al desagüe central del Océano Pacífico, después un crescendo lo elevó hasta la categoría de banda de viento formada por sordomudos, hasta terminar en un afeminado tono de voz, que dijo:

—De prrrimero hay frrrijoles. De segundo, tenemos pechos de pollo...

— ¿Pechos de pollo? —rió «Dog»—. ¿Pechos de pollo?

«Zumby» se giró hacia él y añadió:

—Todavía no tengo bien codificado el idioma: ¿Se dice tetas de pollo?

«Dog» sintió como las lágrimas se le saltaban de pura risa.

— ¡Tetas de pollo! ¡Nos va a cocinar unas tetas dé pollo!— Y todo su cuerpo se agitaba preso de risa.

El robot había conseguido hacer que la pelea entre los dos socios quedara lejana. Mientras «Zumby» se dirigía hacia la cocina, «Cat» se sentó en uno de los sillones de navegación.

— ¿Qué has hecho tú durante estos dos días?

—He estado estudiando los periódicos del siglo XXI, he encontrado un par de naufragios que pueden sernos útiles. Ya han prescrito los derechos de las compañías fletadoras... ¡Todo depende de lo que nos cueste localizarlos!

Durante el siglo XXI, se habían colonizado las Galaxias más próximas a La Tierra, y se había entrado en contacto con algunas nuevas. No más de media docena y que mantenían una estructura física bastante similar a la terrestre, aunque con las variaciones propias de su planeta: eran más bajos y gruesos; o calvos y de tres metros de largo, pero todos tenían sus cabezas, sus piernas... Todos eran del tipo humanoide.

Durante aquel siglo, el XXI, también habían existido los aventureros que se habían lanzado hacia las profundidades de lo desconocido y no habían vuelto jamás, y lo mismo había sucedido con grandes astronaves militares, expediciones científicas... Era de aquellos naufragios de donde

«Cat» y «Dog» sacaban sus mejores chatarras.

Pero, para ello, había que adentrarse en las zonas del espacio menos transitadas. ¡Nadie iba a encontrar una astronave abandonada en medio de Norogod o de Marte!...

Ocasionalmente, descubrían algún planeta con algo de yacimientos minerales, o podían vender sus hallazgos cartográficos a alguna de las Sociedades Exploradoras, siempre hambrientas de nuevos planetas y de nuevas rutas.

El scanner espectrográfico que había ideado «Cat» le iba muy bien para su trabajo: cuando se le programaba para aquel tipo de naves, era capaz de detectarlas a varios miles de millas, y ya sólo era cuestión de llevar la nave hasta allí, examinar el pecio y remolcarlo hasta alguno de los planetas habitados, venderlo y cobrar.

— ¿Quedaría mejor decir senos de pollo? —dijo «Zumby» entrando con el suculento menú humeante sobre dos bandejas.

—Me parece que lo de «Zumby»... —dijo «Dog»—, más que por ZUMBIDO, habría que decírselo por ZUMBADO.

A «Cat» le tocó reír la gracia de su compañero.

Y para celebrarlo sacó de debajo de una de las pantallas de navegación una estupenda botella de sucedáneo de vino espumoso.

— ¡Por nuestra reconciliación! —gritó, a la vez que la descorchaba.

Y, precisamente en aquel momento, el scanner comenzó a tintinear y «Zumby» se lanzó sobre él.

2

— ¡Detenlo! ¡No dejes que ese cacharro meta las manos en el scanner! —gritó «Dog», al ver al robot avanzando decididamente hacia los mandos de la nave.

«Cat» no debió de tener mucha confianza en sus habilidades como reprogramador de robots, ya que lo apartó rápidamente, y comenzó a manipular el aparato en busca de la localización exacta de la emisión.

Con habilidad, sus dedos iban buscando la señal.

— ¡Es muy nítida! —Iba diciéndose en voz baja, mientras intentaba concretarla en la pantalla—. Es muy clara..., muy clara... ¡O es un pecio muy grande, o está muy próximo!

— ¿Qué quiere decir un precio muy grande? —preguntó «Zumby»—. ¿Cuando localizáis una nave, ya sabéis lo que os van a pagar?

«Dog» lo fulminó con la mirada.

—Ha dicho pecio, no precio.

—No existe esa palabra en mi vocabulario —replicó «Zumby».

—Búscate otro profesor de inglés, pedazo de chatarra. Pecio es el nombre que reciben los restos de una nave que ha naufragado —dictaminó «Dog».

«Cat» seguía intentando definir la señal del scanner. Mientras tanto, «Dog» se sentó en el navegador y pidió su posición.

Estaban en 000.000.000, en el límite conocido de la Galaxia, en la frontera con Outlands, con lo desconocido, con el espacio no explorado.

Aquello le preocupó: adentrarse en aquella zona era renunciar a cualquier tipo de ayuda si tenían un accidente, si sufrían una avería...

Entrar en Outlands era la posibilidad de no volver nunca jamás.

Los sistemas de detección del scanner eran muy simples: nada más recibir la señal, la nave se situaba automáticamente frente a ella. Con lo que los datos que iba indicando el scanner quedaban convertidos, sin más, en la distancia.

La memoria del scanner registraba la posición cartográfica de la nave en el momento de orientar su proa hacia la señal, de tal forma que volver al punto de origen sólo era cuestión de desandar el camino recorrido.

Era la única forma de orientarse en Outlands.

Y no era la más segura: siempre podía haber alguna zona magnética que desviase las ondas y obligase a la nave a dar un rodeo, alguna estrella en fase nova, algún agujero negro... ¡No siempre era posible llegar en línea recta al pecio!

— ¿Lo localizas? —preguntó «Dog» a su compañero.

—Está a 002.001.863..., 002.001.956...,

002.002.093..., 094..., 160..., 322..., 647—Iba cantando «Cat»—. ¡Está mucho más profundo de lo que creía!

—Intenta localizarlo exactamente y fijaremos la nave mientras tomamos una decisión.

— ¿Qué decisión? ¡¡¡Iremos a por él!!! Nunca he tropezado con una señal tan nítida y a esa distancia... ¡Es casi increíble!

Intentando convencer a su compañero, «Cat» aumentó la amplificación de sus aparatos. Toda una gama de pitidos se extendió por los altavoces de la nave.

«Dog» quedó impresionado por la potencia de las señales.

— ¿Qué me dices de eso, chico? ¿No es lo más grande que has oído en tu vida? ¡Tenemos que cogerlo!!! —Y después, volviendo al scanner, comenzó a cantar la localización de la emisión de señales, hasta decir 002.002.395.

Las últimas palabras resonaron en los oídos de «Dog» como si se tratase de un insulto. ¡Aquella nave abandonada estaba en lo más profundo del espacio desconocido! Intentar llegar hasta ella podía ser peligroso, muy peligroso...

—Confírmame la presencia del pecio— le pidió a su compañero.

—002.003.395 —le replicó éste, para añadir acto seguido—: ¿Has oído alguna vez esta potencia de señal a tantos cuadrantes?

«Dog» negó con la cabeza.

El scanner parecía querer darles la mayor alegría de su vida: aquello, fuera lo que fuese, podía nacerles millonarios...

«Cat» abandonó su aparato y corrió junto a su socio.

— ¿Qué te pasa? ¡Deberías de estar dando saltos de alegría! ¡Ni borracho hubieras podido soñar con encontrar un pecio así!

— ¿De qué se trata: es una astronave o un planeta?

—Los análisis dicen que parece una astronave flotando a la deriva en medio del espacio.

—Si eso es una astronave... ¡Yo soy un robot! — Replicó «Dog» con un bufido—. ¡No hay ningún vehículo producido por alguien conocido capaz de transmitir una señal de tal intensidad! ¡Tendría que ser una nave tan grande como uno de los satélites de Marte!...

—Eso, o una astronave de algún metal no conocido y mucho más rico de los que se usan.

Aquello también era posible. Sobre su ordenador, «Dog» comenzó a realizar cálculos de aproximación, mientras iba comentándolos en voz alta para que «Cat» pudiera escucharlos.

—Acercarnos a él nos puede llevar cinco días..., si tomamos la línea recta. Es demasiado tiempo en Outlands...

— ¿Pretendes que nos regalen los millones? Si esa nave hubiera estado en el espacio conocido, seguro que hace varias décadas que ya hubiera sido descubierta y desguazada...

«Dog» negaba con la cabeza. Había algo en aquel «tesoro» que no le gustaba, algo que le invitaba a ser cauto y precavido… ¡Algo que le daba miedo!

Los dos compañeros se enzarzaron en una de sus habituales discusiones. La moderación de «Dog» frente al temperamento impulsivo de «Cat», que parecía querer soslayar todos los peligros e inconvenientes de aquella aventura con una sola frase mágica: «Podemos hacernos ricos.»

—Otras veces hemos recogido señales desde puntos más próximos… —comenzó a decir «Dog»—. Y tú te has negado en redondo a adentrarnos en Outlands. ¿Por qué tienes, en este caso, tanto interés?

— ¿No lo entiendes, pedazo de cerebro herrumbroso? —Gritó «Cat» a un par de pulgadas de la cara de su compañero—. ¡Este pecio es super-super-super-super rico! ¡Es como una inmensa bola, casi tan grande como la Luna, y de oro macizo!

—Ya lo sé, pero podríamos volver a algún planeta, hacernos con una nave mejor que este cacharro, pertrecharla debidamente y, entonces, lanzarnos a la aventura.

— ¡Muy inteligente el caballero! ¡Para ese momento cualquiera de las grandes compañías que operan por el sector ya lo habrán detectado y cuando hubiéramos reunido el dinero suficiente para comprar otra nave, ese fabuloso pecio ya estaría en manos de otros!

Fue como si «Cat» hubiera tenido unos instantes en los que hubiera podido adivinar el futuro. Casi no había terminado de hablar cuando uno de los scanners de profundidad comenzó a emitir su señal de contacto.

«Cat» corrió hacia los mandos, y se apresuró a localizar el foco emisor.

— ¡Maldita sea! —Gritó, sin volverse a su socio—. ¡Me temo que es una de las naves de la «Compañía de las Galaxias Orientales»!

Y a continuación comenzó a desgranar una letanía de insultos hacia aquel vehículo: «Multinacional asesina», «Buitre depredador del espacio», «Carroñeros de la chatarra»…

La verdad es que en los últimos tiempos la profesión de «Dog» y «Cat» se había convertido cada vez en más incómoda: lo que al principio había sido una actividad propia de aventureros en busca de fortuna, había ido atrayendo a las grandes compañías, que habían ido «comprando» a los mejores pilotos y naves con la promesa de un salario seguro y una prima por pecio rescatado.

Hoy eran pocos los «independientes» que quedaban. Todos los antiguos compañeros de los dos socios, habían ido siendo absorbidos por las grandes compañías, y hoy eran rastreadores a sueldo.

De entre todas las multinacionales destacaba, como la más poderosa, la «Compañía de las Galaxias Orientales». No se sabía

exactamente dónde acababan sus actividades: transporte de mercancías, colonización de planetas, exploración de zonas de Outlands, establecimientos de zonas de intercambio comercial... Incluso se decía que había alquilado a sus hombres como «mercenarios» a sueldo en algunos de los conflictos que habían estallado últimamente.

Como si la frase de «Cat» se hubiese convertido en realidad, una potente voz les agredió desde sus propios altavoces.

—Les habla Douglas F. Litvak, Capitán del navío «Sugar Star», de la Compañía de las Galaxias Orientales. ¡Identifíquense!

— ¡Nos han descubierto! —Gritó «Cat» casi a punto de llorar—. ¡Ya podemos despedimos de nuestro «tesoro»!

—No tan pronto... —dijo respondonamente «Dog» a la vez que apretaba los dientes—. ¿Quién se ha creído ese tipo que es, para pedirnos que nos identifiquemos?

Y mientras decía esto, desconectó todos los mandos emisores de su nave dejándola tan silenciosa como un submarino hundido.

— ¡Identifíquense! ¿Por qué han apagado las señales? —Rugió el capitán del «Sugar Star»— ¡Respondan o procederemos al abordaje!

«Cat» vio cómo su socio sonreía al oír aquello. Toda la conversación estaba siendo grabada, y las normas de navegación espacial eran muy rigurosas con respecto a los encuentros en plena travesía.

—Ahora se trata de alejarlos del pecio... ¡Tenemos que despistarlos!

Y mientras decía esto se sentó a los mandos de la nave y desconectó el piloto automático.

— ¡Agárrate a tu sillón si no quieres ir dando tumbos por la nave como una pelota de ping-pong! ¡Y no olvides inmovilizar al robot!

«Cat» obedeció las instrucciones de su amigo en unos pocos segundos.

— ¡Adelante! ¡Demuéstrales de lo que eres capaz!

«Dog» puso el vehículo al máximo de velocidad y enfiló directamente su proa hacia el «Sugar Star», avanzando en línea recta, a través de la zona muerta de sus sensores.

En los altavoces se oían los gritos de los tripulantes de la «Sugar Star»:

— ¡Están locos! ¡Vienen hacia nosotros!

— ¿Quiénes son? ¿De dónde ha salido? ¿De Outlands?

— ¡Abran fuego! —gritó la voz conocida del capitán.

—No podemos. ¡Están en zona muerta!

— ¡Pues haced girar la nave!

«Dog» rió al oír el desconcierto que habían provocado en la «Sugar Star», después obligó a su nave a girar en trescientos sesenta grados, y se alejó por la ruta por la que habían entrado.

—Utilizad la identificación visual. Avisadme si van a impactar con

nosotros —gritaba el capitán Litvak.

Un coro de voces desordenadas le respondía, mientras «Dog» daba marcha atrás huyendo de ellos.

Se alejaron muchas millas antes de que uno de los tripulantes de la «Sugar Star» hubiera detectado su maniobra.

— ¡Huyen, mi capitán! Han variado la ruta dentro de la zona muerta... Nos han hecho creer que iban a chocar con nosotros y...

— ¡Cállate! ¡Vamos tras ellos!

Era aquello lo que «Dog» esperaba oír. Comenzó a manipular los mandos de la nave como si se tratase de un piano.

Obedeciendo a sus órdenes, el vehículo comenzó a realizar maniobras imposibles: translaciones laterales, peligrosos «sacacorchos», saltos programados, todo lo que pudiera confundir al scanner de la «Sugar Star».

Pero ésta, sin perder velocidad, se lanzaba en pos de ellos, no intentando atraparlos, sino esperando que se cansasen de sus giros, para abordarlos.

Era consciente de que su velocidad le iba a permitir alcanzar la nave de los fugitivos, en cuanto que éstos aminoraran su marcha. Como un gigantesco gato, agazapado tras su ratón, la «Sugar Star», avanzaba sin distanciarse.

—No podremos escapar—dijo «Cat»—. Nos seguirá hasta el mismísimo infierno. Sólo nos queda una posibilidad.

Y a la vez que decía esto volvió la cabeza hacia su socio: su rostro mostraba una preocupación que no había tenido antes.

«Dog» le devolvió la mirada y únicamente dijo:

— ¿Outlands?

—Outlands.

La proa del «Basura Cósmica» enfocó la zona desconocida.

La «Sugar Star» quedó ligeramente retrasada. Su capacidad de aceleración, al ser una nave mucho mayor, era considerablemente más lenta.

—Se nos escapan... —oyeron que decía uno de los navegadores de la Compañía de las Galaxias Orientales.

La voz del capitán Litvak le replicó antes de que terminara la frase:

—No se atreverán a adentrarse allí con ese minúsculo cascarón... Si lo hacen, únicamente avanzarán unos pocos cuadrantes, sólo será cuestión de esperarlos.

Alguien anunció:

— ¡El informe del ordenador central, mi capitán!

Hubo unos instantes de silenció, después la voz del capitán volvió a resonar:

Esta vez gritaba:

— ¿Estarán locos? Son esos chalados de «Dog» y «Cat»... ¿Por qué

habrán hecho toda esta comedia?… ¡Hubiera sido más fácil que se identificaran! A no ser que…

No llegó a terminar la frase. En lugar de la deducción del capitán, se oyó la voz de éste gritando a todo pulmón.

Más que gritar, chilló:

— ¿Quién ha sido el imbécil que ha dejado abierta la comunicación?— Y después sonó un ¡¡¡CLICK!!!

«Dog» y «Cat» se miraron.

— ¿Crees que lo habrán descubierto? ¿Sabrán que vamos detrás de un pecio?… —preguntó «Cat», más para él mismo que para su socio.

Éste respondió:

—Lo ignoro. Solo hay una forma de saberlo. Suelta tu cafetera zumbada y que se ponga ante el scanner para averiguar si nos siguen…

«Cat» obedeció sin rechistar.

Mientras soltaba a «Zumby» y daba la espalda a «Dog» no pudo evitar una sonrisa.

3

Las siguientes horas fueron tensas. Frecuentemente los dos socios abandonaban sus respectivos asientos y miraban las pantallas de control en busca de alguna señal de sus perseguidores.

— ¿Sabes que este «cacharro» parece que funciona bien? —tuvo que admitir «Dog» después de observar la destreza con que «Zumby» manejaba los controles del scanner.

— ¿Tiene usted ya simpatía por mí? —preguntó «Zumby» a «Dog», en medio de una cortina de estridentes sonidos.

— ¿Cómo lo sabes?

—Me ha llamado «cachorro», que es un animal pequeñito, de tierna edad, que inspira simpatía a los seres humanos.

«Dog» no pudo contener sus carcajadas.

—Me parece, «Cat», que vas a tener que repasar su vocabulario de inglés.

Cuando cesó de reír, añadió:

—Creo que lo primero que hemos de hacer es estructurar un poco nuestra situación. Hemos de calcular si tenemos suficientes provisiones para esta aventura.

—Más vale que no lo mires. ¡Es igual! Tanto si hay comida, como si no la hay, ya estamos de lleno en esto y no podemos dar marcha atrás. Si desde el «Sugar Star» nos están rastreando, es muy fácil que localicen la señal del pecio... ¡Y eso puede significar una carrera hacia allí!

—No me gustaría eso. Ellos están mucho mejor preparados que nosotros. Además, ya sabes que tiene pocos escrúpulos a la hora de «eliminar» a los competidores.

Durante dos días, «Dog» y «Cat» se dedicaron a chequear al «Basura Cósmica»: las navecillas de salida al exterior, el instrumental de desguace, funcionamiento de motores y demás piezas de navegación.

Este examen solían realizarlo siempre en tierra firme, donde cualquier pieza averiada, o cualquier mal funcionamiento podía ser reparado, pero en la última ocasión, al quedarse sin dinero, no habían podido hacerlo.

«Dog» lanzaba abundantes juramentos y maldiciones cada vez que observaba algo en mal estado. «Cat», sin decir ni palabra, tomaba el puesto de su socio y procuraba remendar el fallo con alguna de sus ingeniosas, pero no muy fiables soluciones.

—Como sigas haciendo este tipo de cosas, en vez de «Basura Cósmica» habrá que llamar a la nave: «REMIENDO INFINITO» o «COLECCION DE CHAPUZAS»... ¡Tú y tus brillantes ideas!

Las situaciones tensas que se producían venían siendo superadas por las intervenciones de «Zumby» que acudía presto a demostrar sus

últimos adelantos y mejoras en su conocimiento del inglés.

—Hoy he aprendido una poesía.

—Está bien —rezongaba «Dog»—, recítanosla.

Los primeros ruidos de «Zumby» se asemejaban a una cafetera terminando su trabajo y después añadía:

—Perdonen, pero debía de aclararme la voz.

Y a continuación, comenzaba a declamar:

—«Las doradas harinas de Marte,
al atardecer,
insuflan en mi alma sensaciones,
que al llover,
convierten el instante en parte.»

Y se calló.

— ¿Ya está? —preguntó «Dog» sorprendido.

—Bueno, verás... —intervino «Cat»—, se trata de una poesía de Koolrich..., con algunas variaciones, preparadas por «Zumby».

— ¿Qué variaciones?

—En lugar de «harinas» son «arenas». Y en lugar de «parte» es «arte».

«Dog» rompió en atronadoras carcajadas.

—Este bicho confunde la arena con la harina... ¡Dios Santo! Nunca hemos de dejarle que nos prepare un pastel, ni que consulte un libro de recetas... Imagínate que confunde lomo con tomo, o filete con billete, o asado con atado.

—No está bien que te rías así de «Zumby» —protestó «Cat»—, a fin de cuentas, nos ha ayudado extraordinariamente.

—Sí, es mucho más divertido que cualquiera de esas viejas películas del vídeo... ¡Aún me acuerdo cuando el otro día hizo guisado de pollo y nos preguntó si deseábamos teta o pantorrilla!

Y volvía a estallar en crueles carcajadas.

Estaban bastante lejos como para que el scanner pudiera realizar el análisis espectrográfico. La señal, seguía siendo extraordinariamente nítida, y habían tenido que reducir el volumen de los altavoces, para evitar quedar sordos, pues hora a hora, la intensidad aumentaba.

La tarde del cuarto día la pasaron en un alto grado de excitación: todos los trabajos que los habían mantenido entretenidos habían sido terminados, el pecio todavía estaba lejos y ante ellos se extendían unas cuantas horas de espera.

Sólo eso.

Esperar sin nada que hacer.

«Dog» sabía que aquéllos eran los peores momentos, cualquier frase, cualquier comentario que en otros momentos arrancaría una sonrisa, podía convertirse en un motivo de disputa.

Rehusó la idea de pedir a «Zumby» que hiciera un crucigrama con

ellos. Aquello le hubiera alegrado la tarde, pero «Cat» se había vuelto muy susceptible con respecto a las bromas que le gastaban al robot. En sus escasos ratos libres le había fabricado nuevos programas: aterrizajes a la deriva, navegación con placas de viento solar, ahorro energético, etcétera.

Decidieron, como siempre solían hacer en estas ocasiones, acostarse más temprano, para estar descansados al día siguiente.

Y, como siempre les ocurría, ambos permanecieron dando vueltas en sus camas, sin conseguir coger el sueño, y procurando no hacer ruido para no despertar al compañero.

Los dos pensaban en lo mismo: encontrar un pecio lo suficientemente rico como para retirarse el resto de sus días a alguno de aquellos paradisíacos planetas convertidos en hoteles de superlujo para millonarios. Mientras esperaban, en vano, la llegada del sueño, intentaban convencerse de que la señal era muy nítida y muy fuerte, de que sólo podía ser producida por una gran nave muy rica... De allí saltaban a intentar calcular su precio y de allí a la riqueza.

Y en aquel momento daban marcha atrás. No querían entusiasmarse demasiado, sabían muy bien que un fracaso, una desilusión, iba a dejarles deprimidos y sin ganas de trabajar. Y necesitaban toda su energía. Aunque aquel pecio sólo valiera unos pocos miles de dólares, tenían que conseguirlos urgentemente: la nave pedía a gritos algunas reparaciones, las bodegas necesitaban ser llenadas de provisiones, había que modernizar algunos de los equipos de navegación... ¡No podían desperdiciar ni un solo dólar!

Pero si aquel pecio fuera tal como prometía ser...

Vuelta a empezar en las ensoñaciones.

Por fin se durmieron. No se trató de uno de esos sueños reparadores del cuerpo. Lo que habían estado pensando antes de dormir, se les aparecía, ahora, magnificado por. el descontrol de los sueños: naves de oro que se convertían en peligrosas trampas, pecios ridículos y minúsculos que sólo les permitían seguir tirando unas pocas semanas más, encadenados a la «Basura Cósmica» que todavía seguía necesitando reparaciones...

«Zumby» les despertó con el desayuno preparado:

—Tostadas con mantequilla, café y juego de naranja.

— ¿Juego de naranja? —preguntó “Dog”.»

— ¿Juicio de naranja, tal vez?

—Se dice jugo. Y en el caso de las naranjas, es mejor decir: zumo.

— ¿Cuándo se dice zumo y cuándo se dice jugo? — preguntó «Zumby».

—Es igual..., no tiene importancia... —pretextó «Dog» sin ganas de explicarle al robot aquellas cosas.

Últimamente «Zumby» había adquirido la costumbre de preguntar

todo lo que desconocía. Como un niño pequeño, iba repitiendo constantemente: « ¿Y eso por qué?», consiguiendo sacar de sus casillas a «Dog». El hecho de que él fuera el único destinatario de las preguntas del robot, le hizo pensar que «Cat» había debido de introducirle en su metálica mente un nuevo programa titulado «Puteo a «Dog».

Una vez aseados, y antes de atacar las tostadas, los dos socios se dirigieron al cuarto de mandos.

La esfera de un planeta cubría completamente su punto de destino, pero dentro de una hora podrían verlo y salir de dudas.

— ¿Repasamos el equipo? —preguntó «Cat», animado.

— ¡Déjalo! Estoy hasta la coronilla de chequear una y otra vez las mismas cosas. Conozco de memoria las piezas defectuosas, las que están mal pero no tanto, y las que es una locura que sigamos usando.

Se sentaron a desayunar en silencio, esperando. Las tostadas estaban en su punto y, sin embargo, era muy difícil conseguir que pasasen por la garganta. Aquello no era un nudo, era un candado de seguridad, y hacía falta ser un «Houdini» para conseguir que pasase un ligero sorbo de café.

«Dog» fue el primero en levantarse de la mesa. Generalmente era su socio el más nervioso, pero, en esta ocasión, parecían haberse invertido los papeles.

Permanecieron alelados, ante la pequeña ventana, y las pantallas de navegación, como si fuera el más apasionante programa de T.V.

Fue «Cat» el primero en verlo.

— ¡Allí! ¡Ya comienza a asomar!

Comenzó a manipular nerviosamente los controles procurando agrandar la imagen, obtener un primer plano, poder «tocar» el pecio con los ojos.

— ¡Míralo! ¿No es maravilloso?

Ante sus ojos aparecía la nave más gigantesca que nunca habían visto. «Cat» analizó sus dimensiones ya que deseaba comprobar a escala su auténtica longitud.

—Nunca he visto una cosa así... ¡Allí dentro puede haber un mundo con sus campos, sus ciudades, su..., su...! ¡Todo!

«Cat», sin apartar los ojos de los controles, asintió.

—Allí dentro cabe toda la ciudad de Nueva York... ¡Con todos sus habitantes! ¡Y Puerto Marte!

—Depende del tamaño de los seres que hayan hecho esa nave... ¡Quizá se trata de un deportivo de dos plazas!

—Sea lo que sea. ¡Sólo en chatarra vale una fortuna!

—No cuentes el dinero hasta que lo tengas en la mano —le tranquilizó «Dog»—. ¿No se te ha ocurrido pensar en los problemas que nos va a plantear el simple hecho de arrastrar «eso»? Tendremos

que estudiar una buena forma de desguace, y posiblemente lo tendremos que remolcar por partes hasta el primer punto habitado.

— ¡Imposible! En cuanto que aparezcamos con una parte de esa astronave, todas las grandes compañías, todos los chatarreros independientes y un par de millones de personas más que no sepan qué hacer, se van a venir a intentar hacer fortuna a nuestra costa.

— ¡No podemos arrastrarlo todo! ¡Eso está muy claro! Lo único que nos queda es seleccionar para el primer viaje las partes que consideremos que pueden ser más productivas. Y ser muy silenciosos con respecto a la localización del pecio. Sólo así podremos hacer uno o dos viajes más.

— ¡Con lo que saquemos del primer viaje, podemos comprar una nave más grande, con más potencia, y así el segundo envío sería más sustancioso!

—No estés tan seguro. En cuanto despeguemos en busca de otra carga, todos los scanners y sónars de seguimiento de la Galaxia van a estar rastreándonos, milímetro a milímetro.

«Cat» no contestó: sus ojos estaban fijos en la pantalla. Casi toda ella estaba ya ocupaba por la imagen de la colosal nave que iba agrandándose poco a poco, lentamente, como en un strip-tease, apareciendo desde detrás de la silueta del planeta.

— ¡Es maravilloso! ¿Cuánto tardaremos en poner los pies en ella?

—Quizá tres o cuatro horas. ¡Pero tendremos que elegir dónde lo hacemos! Desde un extremo al otro, puede haber muy bien casi una hora de navegación. ¡Y ya basta de charla, maldito soñador! ¡Más vale que decidamos cuál de los dos va a ir!

Aquello era todo un ritual: generalmente, y después de unas semanas de navegación, cuando se encontraban los restos de algún naufragio, los dos ardían de deseos de salir de la nave con cualquier excusa. ¡Y no era fácil decidir quién se iba a quedar, solo y aburrido, en la nave, mientras el otro paladeaba las delicias de la exploración!

— ¡Saldré yo! —dijo «Dog» irguiéndose en toda su estatura, y apoyando ambas manos en las caderas, en una pose vagamente amenazadora.

—Está bien. ¡Yo me quedaré aquí!

«Dog» parpadeó al oír aquello.

— ¿Te encuentras bien? ¿No tendrás algo de fiebre? —preguntó inquieto por la mansedumbre con que su socio había aceptado la propuesta.

—Estoy perfectamente. Lo que ocurre es que te he gastado una mala jugada con lo del dinero, y quiero recompensarte de alguna forma.

— ¡Nunca has hecho algo así! ¿Pretendes que te crea, a ti, el mayor tramposo de las Galaxias? ¡Explícame de-ta-lla-da-men-te qué es lo

que tienes dentro de la cabeza!

—Te prometo que es verdad. ¡Deseo que seas tú el que salga! ¡Creo que te lo debo!

—«Cat» —dijo «Dog» con tono amenazador—. ¿Qué estás tramando?

—Nada. Sólo quiero estar un rato tranquilo para reprogramar los sistemas de arrastre. Creo que si conecto a «Zumby» con las «pinzas» puedo duplicar su potencia y...

— ¡Irás tú!

—De ninguna manera. ¡Si consigo hacer una buena conexión, podremos llevamos el doble de lo que...!

— ¡Irás tú! ¡Yo soy el Capitán de Navegación y me quedaré en la nave!

«Cat» se levantó de su asiento velozmente.

— ¿Qué es eso de que tú eres el Capitán? Ya sé que tú eres el que tienes el título, pero sabes perfectamente que puedo conducir esta nave tan bien como tú o mejor.

— ¡Soy el Capitán! ¡Una sola palabra más y te arresto por insubordinación! —Y su expresión no admitía bromas.

«Cat» alzó las manos hacia su amigo en un gesto de apaciguamiento.

— ¡De acuerdo, de acuerdo! ¡No vamos a pelear! Aún recuerdo una ocasión, cerca de Ganimedes, cuando estuviste a punto de romperme una costilla, por intentar salir yo. ¡Y ahora que te lo ofrezco, te niegas! ¡Te estás haciendo viejo, «Dog»! El chocheo senil y las manías comienzan a dominar tu existencia, y a ordenar tus actos.

— ¡Cállate y prepara el traje para salir al exterior!

«Cat» obedeció sin rechistar y se dirigió hacia los vestuarios de compuertas. Colocarse el complicado equipo para salir al exterior, no era trabajo de unos pocos minutos. Así que decidió poner manos a la tarea con toda celeridad.

«Dog» se mantenía en el puente, desde el cual podía ver flotando su «tesoro flotante» aunque frecuentemente hacía una rápida incursión en los vestuarios, para ver lo que hacía «Cat».

— ¡Ni una sola jugada! ¿Entendido? ¡No quiero que intentes gastarme uno de los sucios trucos que siempre se te ocurren!

— ¡Oye, «Dog»!... ¿De verdad que no quieres ir tú? No comprendo tu comportamiento. ¡Pareces celoso de que...!

«Dog» se largaba sin escuchar a su compañero.

Después de la octava visita al vestuario, «Cat» estaba casi completamente preparado para salir al exterior: parecía como si estuviera vestido con uno de esos pesados tanques de la Primera Guerra Mundial de la Tierra. Las formas de su cuerpo habían desaparecido bajo los añadidos que se habían ido incorporando:

motores de propulsión, electroimanes de sujeción en los pies, analizadores, scanners portátiles en el pecho, cámaras de T.V. en el casco, antenas de conexión, controladores fisiológicos de la presión arterial, los latidos del corazón...

— ¡«Dog»! —le gritó a su compañero—. ¿Serías tan amable de conectar la pantalla de T.V. de los vestuarios, para que pueda ver la nave?

Antes de oír la respuesta de su socio, la pantalla que estaba situada en la pared, se encendió. Se hallaban muy cerca de la nave y ésta desbordaba ya la pantalla.

«Cat» calculó que estaba viendo una cuarta parte del fabuloso vehículo espacial.

— ¿Ya has elegido el punto donde tengo que aterrizar?

«Dog» apareció por la puerta.

—Sí. Allí parece que hay una entrada o una escotilla... —dijo mientras señalaba a un punto de la nave, en la pantalla—. He estado haciendo un análisis espectrográfico: tiene toda una parte central de una aleación desconocida... ¡Pero muy rica en metal!

— ¿Hay alguna señal de vida?

—Ninguna. No he registrado ningún movimiento, ni ninguna zona térmicamente adecuada. Calculo que allí dentro debe de haber una temperatura infernalmente fría.

— ¿Cuándo tengo que salir?

—Calculo que en media hora.

No se dijeron nada más. Los ojos de ambos estaban fijos en la pantalla.

«Dog» abandonó la zona de compuertas y antes de salir completamente se volvió hacia su socio.

— ¡Suerte, «Cat»! Y procura no hacer nada que...

—Ya lo sé, nada que sea peligroso, bla, bla, bla. ¡Parece que valoras más mi vida que la fortuna que nos espera allí! ¡El mundo es de los valientes!

—Ya lo sé, pero ten cuidado.

Y salió.

El mecanismo se cerró pesadamente tras él. La zona de compuertas comenzó a ser sometida a despresurización y vacío.

Por fin la luz verde dio a entender que ya se podía salir al exterior.

«Cat» conectó su intercomunicador del casco con la frecuencia de «Dog».

— ¿Me oyes, «Dog»? Avísame cuando pueda salir.

—Okey. En cinco minutos puedes nadar en el espacio.

Fueron cinco minutos muy largos hasta que «Dog» cantó el adelante.

«Cat» tenía una peculiar forma de saltar al espacio: tras una breve

carrerilla, siempre dificultada por el traje, se lanzaba por la compuerta como si se zambullese de cabeza en la piscina.

— ¡Cuídate, «Cat»! —le gritó su compañero—. ¡Nunca he querido casarme, pero si te pasara algo, me sentiría como un viudo!

—No pienso permitir que me heredes —le replicó «Cat» a la vez que comenzaba a dar brazadas al espacio.

Le gustaba el silencio y la falta de gravedad. Cuando flotaba se sentía Dios.

Pero ante aquel monstruo mecánico, que era la astronave desconocida, no había otra posibilidad que sentirse la pulga de un perro.

Comenzó a alejarse de la compuerta, hacia lo desconocido.

4

Conforme iba avanzando hacia aquel gigantesco vehículo que lo ocultaba todo detrás de su silueta, a «Cat» comenzó a encogérsele el alma.

«Dog» había impulsado al exterior varias filmadoras de vídeo autónomas: unas máquinas pequeñas, no más grandes que una bola de billar, que revoloteaban alrededor del astronauta que paseaba por el espacio. Les llamaban «moscas».

Siguiendo las órdenes de «Dog», aquellas diminutas cámaras podían evolucionar hacia donde él desease, y si las dejaba libres, orbitaban en tomo al emisor de ondas, incorporado al traje de «Cat», en un radio de 10 metros: la distancia ideal para no entorpecer sus movimientos y, por otra parte, estar atentas a cualquier incidencia que pudiera pasarle al «hombre flotante».

La situación de ingravidez, el vuelo libre en el espacio, era una de las sensaciones más embriagadoras, más dulces y solitarias que pueda imaginar ningún ser humano: sin haber llegado a ningún acuerdo escrito o hablado, «Cat» y «Dog» tenían una norma que cumplían a rajatabla: no molestar con la radio al que paseaba en el exterior. Dejarle disfrutar de la ausencia de peso en el cuerpo, de la ausencia de Norte y Sur. En pocas palabras, dejarle disfrutar de la libertad, sin una incómoda voz que le avisase que, aunque la pecera fuera grande, otro pez estaba junto a él.

«Dog» se moría de ganas por hablar con «Cat». El cuerpo de éste se iba acercando, poco a poco, a la gigantesca nave y «Dog» deseaba saber sus impresiones.

La nave parecía como una ampliación gigantesca del rascador de una caja de cerillas: todo aquel diseño buscado por los constructores terrestres para dotar a sus naves de un aspecto liso y pulido, parecía que hubiera sido intencionadamente destrozado por los seres que habían diseñado aquella enorme nave: su superficie, que de lejos parecía rugosa, vista de cerca era un inmenso amasijo de cables, agujeros, salientes, tubos, esferas adheridas, tuberías salientes, tuberías entrantes... Era como una de aquellas viejas esculturas de arte abstracto realizadas a base de soldar unas con otras las piezas más dispares.

Pero el que hubiera diseñado aquello no lo había hecho así al azar.

Cualquier civilización capaz de construir una super-nave como aquélla no habría descuidado su aspecto exterior: todo aquel amasijo tenía una función concreta. Cada uno de aquellos agujeros, cada uno de aquellos salientes, debía de haber sido puesto allí, y no en otra parte, para cumplir una función concreta.

«Dog» casi tenía que sujetarse la mano derecha para impedir que

presionase el botón que le permitiría comunicarse con «Cat».

— ¡Al diablo! —dijo cansado de la situación, a la vez que oprimía el botón y gritaba ansiosamente:

—«Cat». ¿Estás bien? ¿Qué te parece todo esto?

— ¡Maldita sea! —gruñó su socio—. Acabo de salir de la Frecuencia Modulada para entrar en la peor de las Ondas Cortas..., ¡y además llena de interferencias! ¿Qué quieres?

—Te lo acabo de decir —contestó «Dog» molesto por la salida de su compañero—. Ya te he hecho dos preguntas.

—Te las contesto. Sí y nada.

— ¿Cómo que sí y nada? ¿Qué quieres decir?

—Sí, quiere decir que sí, que estoy bien. Y nada quiere decir que todo esto no me parece nada, de momento.

— ¿No te parece «nada» toda esta astronave?

—Casi no pienso en ella como en una nave. Conforme me voy acercando, tengo la sensación de que no voy hacia un artilugio mecánico, sino hacia un planeta un poco pequeño. Por más que giro la cabeza, no consigo sino ver este vehículo: es como estar situado frente a una muralla que se pierde entre las nubes, y que no tiene finales a los lados...

— ¿Sabes por dónde hay que entrar?

—No tengo ni la menor idea. Afortunadamente he traído mi pequeño abrelatas.

—No es el momento para bromas —le reprendió «Dog».

—Te aseguro que si no me lo tomo con un poco de humor..., ¡soy capaz de dar media vuelta y volver a la «Basura Cósmica»! Si no fuera porque estoy seguro de que me lo recordarás en los momentos más inoportunos, te confesaría que estoy aterrorizado, tengo miedo hasta en la última de las células de mi cuerpo.

—Si te vuelves, no te lo reprocharé jamás.

— ¡Cállate! No me tientes...Yo, nunca me perdonaría haber estado frente a la mayor fortuna de mi vida, y haber dado media vuelta sin siquiera haber calculado lo que valía.

—De acuerdo. ¿Has decidido cómo vas a entrar?

—No. Creo que voy a improvisar. Durante toda mi vida es lo único que he hecho y, hasta ahora, no me ha dado malos resultados.

—Tampoco te los ha dado buenos. De no ser así, no estarías donde estás. ¿Quieres que haga evolucionar las «moscas»?

—Sí. Conectaré mi pequeña pantalla.

Si «Cat» lo deseaba, el cristal delantero de su casco se convertía en una pantalla de TV transparente, de tal forma que podía ver alrededor suyo y, por otra parte, examinar las imágenes que le suministraban las cámaras de vídeo.

«Dog» conectó la grabadora múltiple y «liberó» una de las

«moscas».

En línea recta, tras una ligera vacilación, la cámara se dirigió, sabiamente guiada por «Dog», hacia uno de los orificios más grandes que había cerca de «Cat».

—Llévala despacio —dijo éste—. Quiero averiguar si dentro de ese túnel hay alguna clase de puerta.

«Dog» obedeció sin protestar, ni hacer observaciones en voz alta.

Nunca había conocido a la gente que había construido aquella nave... ¿Y si eran tipos de veinte metros de altura y aquel túnel era su puerta? ¿Y si, por contra, eran de pocos centímetros, y aquello era la salida de sus navecillas auxiliares?

Sólo había una forma de averiguarlo: entrar en la nave y examinarlo.

Antes de eso todo serían dudas, preguntas y, ojalá que no, sorpresas desagradables.

Los dos estaban examinando silenciosamente el interior de aquel túnel de más de diez metros de diámetro. Sus paredes interiores se parecían al exterior de la nave: un amasijo de salientes y agujeros.

—No creo que eso sirva para entrar —sentenció «Cat»—. Por ninguna parte veo cerradura.

Mientras hacía volver a la «mosca» a su órbita humana, «Dog» envió otra exploración de la zona que estaba situada sobre «Cat». Era una superficie bastante similar a un armario con muchos cajones todos ellos abiertos..., o a una librería llena de tomos de diferentes tamaños y grosores, aunque todos ellos grises.

Con gran habilidad fue conduciendo la «mosca», examinando todas y cada una de las inflexiones del terreno.

Fue «Dog» el primero en registrar la anormalidad.

Uno de los paneles, se descorrió dejando ver un tubo plateado que salió lentamente de su nicho.

—Pero... ¿Qué es...?

Antes de que hubiera podido contestarse de alguna manera aquella pregunta, del extremo del cilindro surgió un rayo de intensa luz azulada que se posó sobre la «mosca».

Ésta se detuvo, como si hubiera perdido toda capacidad de desplazarse.

— ¡Ten cuidado! —gritó «Dog»—. Puede ser que este aparato esté tripulado o puede salir otro de esos tubos que te dispare algo.

«Cat» desoyó completamente las recomendaciones de su amigo. Rápidamente maniobró sus motores propulsores y se dirigió hacia la esfera a toda velocidad. La cámara había dejado de transmitir imágenes, como si hubiera quedado cegada por la luz.

El panel se abrió ligeramente, por todas sus partes, agrandándose.

El tubo comenzó a emitir una especie de luz intermitentemente.

«Cat» se había acercado a aquel punto y lo observaba todo con atención. Desde el Puente de Mando del «Basura Cósmica», «Dog» podía escuchar la acelerada respiración de su socio.

Repentinamente, el haz luminoso se hizo nuevamente continuo, pareció como si fuese ganando en intensidad, adquiriendo una luz más densa y azulada.

La «mosca» comenzó a vibrar. Al principio suavemente. Después, de una forma convulsa, como si una fuerte corriente de aire la golpease, y un hilo invisible la mantuviese en el mismo sitio.

A continuación comenzó a desplazarse, muy despacio, hacia la pared de la nave, atraída por ésta, con una velocidad uniforme.

— ¿Has visto eso? —gritó «Cat», olvidándose de su gusto por el silencio y la soledad.

— ¡Claro que lo he visto! ¡Sal ahora mismo de esa zona, no quiero que uno de esos malditos rayos te deje frito!

— ¡Cállate, vieja asustada! Creo que acabamos de descubrir la forma de entrar en esta nave.

— ¡No se te ocurra ni intentarlo! Esa «mosca»..., ¡es una cosa mecánica y tú eres un organismo vivo! ¡No sabes el efecto que puede causarte!

«Cat» no le escuchaba. Sus ojos habían vuelto a fijarse en la «mosca»: ya había sido introducida en la nave y los paneles volvían a cerrarse sobre ella, aislándola del vacío, protegiéndola del exterior.

«Cat» se desplazó sobre la pared de la nave intentando colocarse en la ruta del rayo de luz, a la vez que preguntaba:

— ¿Sigue sin verse nada a través de la cámara?

—Nada... ¡Y no sigas hacia allí! Te lo prohíbo. No quiero que...

El panel volvió a abrirse. Dos rayos de luz, avanzaron tímidamente hacia el cuerpo de «Cat» que se detuvo en su avance. Deseoso de que chocaran con él, y con miedo del encuentro.

A unos pocos centímetros de la salida, los rayos se subdividieron en dos. Estos a su vez en otros, y en otros más...

— ¡¡¡Quítate de ahí en medio!!! ¿Me oyes? ¡¡Apártate!! —gritó «Dog» casi incapaz de nada que no fuera el terror.

Suavemente las cabezas de los rayos de luz entraron en contacto con el traje de «Cat».

No sintió nada de momento, ni un roce, ni una agitación.

Nerviosamente paseó sus ojos por los controladores de su vestido: no indicaban ningún aumento de presión, ni de temperatura... ¡Nada!

Pero poco a poco, una suave y empalagosa sensación le fue envolviendo: era como un agradable paseo en el espacio, pero sin el «picante» del peligro.

— ¡«Cat»! ¡«Cat»! ¿Me oyes?

—No sólo te oigo, sino que estás a punto de dejarme sordo... ¿Qué

quieres?

— ¿Estás bien? ¿Puedes moverte o estás aprisionado? ¿Sientes algo?

—Me haces demasiadas preguntas.

— ¿Puedes ver desde ahí el interior de la nave?

—Sí, es como una caja. Es un cubículo. Supongo que cuando haya algo dentro, se abrirá alguno de los lados.

—Y la cámara de T.V., ¿está ahí?

—No la veo. De todas formas hay una luz muy brillante. No puedo ver los detalles.

—Tengo miedo, «Cat». Miedo por ti —confesó «Dog».

—Yo también, pero me lo estoy aguantando.

Los rayos de luz habían trenzado en tomo a «Cat» una finísima red de un color azulado y brillante. Todos los haces luminosos se habían unido formando una pequeña retícula, que poco a poco se fue cerrando sobre su cuerpo.

— ¡No dejes de hablar ni un momento! Necesito saber todo lo que veas, todo lo que sientas u oigas... ¿Me has entendido?

—Perfectamente.

Los haces formaban ahora una «tela» alrededor de su cuerpo. Aumentaron su intensidad luminosa. «Dog», completamente fuera de sí, no hacía más que preguntar a su socio si todo seguía bien, si sentía dolor, si había algo que no funcionase.

Pero «Cat» respondía a todo de una forma tranquilizadora.

Repentinamente, el cuerpo fue atraído hacia la nave. Esta vez sin ninguna vibración, sin ningún movimiento extraño, sin ningún aviso.

Devorándose las uñas, «Dog» fue observando como el cuerpo de su amigo era introducido en la nave. Lo único que podía hacer era mirar las imágenes que le brindaban las cámaras de T.V. que no habían sido apresadas por la nave, y preguntar y dar consejos a «Cat».

—Ten cuidado con el codo, puedes golpearte. No te muevas ahora, estás entrando horizontalmente.

En el espacio exterior, el sonido no se transmite, no hay ruido. Y, sin embargo, cuando los paneles se cerraron, tragándose el cuerpo de «Cat», su compañero oyó el fúnebre sonido de una losa de cementerio.

— ¿Estás bien? ¿Qué pasa ahora?

—Estoy bien... Espera..., se está desplazando uno de los paneles..., sí, el que hay frente a mí.

La voz de «Cat» llegaba hasta la nave de una forma muy lejana. «Dog» había colocado los mandos al máximo de volumen y, pese a esto, sólo conseguía escuchar un hililllo de voz, casi irreconocible.

«Cat» seguía hablando:

— ¡Es increíble!..., no te puedes imaginar lo gigantesco que es este salón... ¡Es inmenso!..., difícil describirlo..., se tratase de..., parece

como si... ¡Lo es!..., pero..., lleno de oro... ¡Lo hemos conseguido, viejo! ¡Esto es... oro!

Fue lo último que escuchó «Dog».

Toda la nave alienígena comenzó a vibrar.

Se encendieron algunas luces.

El gigantesco catafalco que había devorado a «Cat» comenzó a desplazarse, ganó velocidad, más velocidad.

«Dog» intentó seguirlo. Forzó sus motores al máximo. Pero no pudo.

Sólo le quedaba el recurso de quemar sus motores intentando que la nave no se distanciase demasiado.

¡Quemar sus motores! ¡Perderse en Outlands! ¡Todo con tal de no dejar a un amigo en la estacada!

5

Fueron los momentos más intensos y dramáticos de la vida de «Dog».

Sus sensores habían dejado de registrar la voz de «Cat», la nave iba perdiéndose poco a poco en el espacio infinito. Los motores parecían comenzar a dar señales de calentamiento, debido al esfuerzo al que los estaban sometiendo.

¡No podía hacer nada!

Y, para colmo, «Zumby» había decidido que era el momento en que podía salvar a «Dog».

Como un Mesías elegido, se había colocado junto al ser humano, había apoyado una de sus metálicas zarpas en el hombro del hombre, y había comenzado a recitar, casi de memoria, alguno de los absurdos programas sicológicos que «Cat» le había programado en su cerebro positrónico.

—Lo primero es no perder la tranquilidad...

— ¡Vete a tomar por el...!

—Una vez serenados, hay que hacer un estudio de los posibles caminos a seguir, y elegir el que más convenga a nuestros intereses.

— ¡Que te den morcilla!

—... debe de ser un análisis, y una elección en frío, sin dejarse guiar por los sentimientos que tanto enturbian un proceso lógico de selección de alternativas.

— ¡Cállate de una vez, pedazo de tuerca! ¡Tú que eres tan listo...! ¿Qué harías ahora? —le gritaba «Dog» que sin darse cuenta había entrado en un juego de preguntas y respuestas—. Dímelo, super cerebro..., ¿qué harías tú?

—En primer lugar..., lanzaría señales de S.O.S. a cualquier nave que pudiera hallarse en las fronteras de Outlands.

«Dog» no replicó. Aquello tenía un componente de sensatez muy importante. Estaba adentrándose en el terreno desconocido solo y sin ayuda. Dudaba mucho de que nadie que oyera su mensaje se propusiera ayudarle. Pero quizá el S.O.S. serviría para que se supiera la ruta que había seguido..., si su compañía de Seguros decidía averiguar lo ocurrido.

Se acercó al emisor, lo programó para que lanzara Un S.O.S. permanente, ajustó las antenas de recepción, a la vez que dejaba libre la entrada de señales, y volvió al puente de mando.

—Muy bien, «Zumby». ¿Qué otra idea brillante has tenido?

—Convendría repasar las coordenadas de velocidad.

— ¿Para qué? —preguntó «Dog»—. No creo que eso pueda darnos más potencia. Eso es asunto del motor, y ya está protestando.

—Convendría paralelizarlas con las de la nave que perseguíamos.

«Dog» no contestó. Se limitó a cumplir las instrucciones del robot. Y descubrió que, desde hacía un buen rato, las dos naves mantenían la misma velocidad.

Como si «Zumby» hubiera sabido aquello sin necesidad de consultar los aparatos, comenzó a hablar:

—Habrás observado que ambas velocidades son constantes... ¿No es así? Eso significa que las dos avanzan al máximo de velocidad... ¿Qué pasaría si apagaras tus motores?

«Dog» no contestó a aquello. Lo sabía perfectamente. La nave seguiría con la misma velocidad alcanzada, ya que en el espacio no hay ningún tipo de frotación que frene la marcha del vehículo.

No quiso reconocer ante el robot que estaba nervioso y que había omitido aquel detalle. Simplemente se acercó a los mandos de navegación y apagó los motores.

—Muy bien. Ahora lo que debes de...

Lo siguiente no se pudo oír. La atronadora voz del Capitán Douglas F. Litvak, capitán del «Sugar Star» de la Compañía de las Galaxias Orientales, resonó por toda la nave, como si acabara de tomar posesión de ella.

— ¿Algún problema, pordioseros de las estrellas? Por una módica prima en efectivo podríamos ayudaros...

Era la última persona que «Dog» hubiera deseado escuchar.

—Ninguno que tú puedas solucionar.

—Más vale así... ¡Soy muy caro! ¡Adiós!

«Dog» mantuvo los dientes apretados durante unos momentos. ¿Era justo que «Cat» pagase con su vida su exceso de orgullo en aquel momento? ¿Tenía derecho a renunciar a una ayuda que podía salvar a su compañero y que quizá fuese la única que iba a recibir?

«Dog» sabía que si les ayudaban, los abogados de la Compañía de las Galaxias Orientales se las apañarían para dejarlos endeudados hasta el último día de su vida. Dejarían de ser independientes... ¡La deuda sólo quedaría cancelada si entraban a trabajar a sueldo para ellos!

— ¡Litvak! ¡Litvak! ¿Me escuchas?

—Claro que sí. Sabía que te pondrías de rodillas y me contarías tus problemas.

—No estoy para bromas. ¡Estoy en un serio aprieto! Mi socio ha abordado un pecio... éste se ha puesto en marcha..., y lo estoy siguiendo.

— ¿En Outlands?

—Sí. Cada vez más hacia dentro.

—Eso es muy peligroso..., ¡mucho!

— ¡Ya lo sé, maldita sea! Si no fuera así no te estaría pidiendo ayuda.

—No me gusta ese tono, muchacho... ¡Hay que ser más humilde cuando se pide algo!

«Dog» necesitó de toda su paciencia para no replicarle a aquel tipo lo que pensaba de él. Le costó serenarse, pero lo consiguió. Lentamente tomó el micrófono en las manos y comenzó a hablar firme y pausadamente.

—Éste es un mensaje de George Taylor, Capitán del... ¡ejem!... «Basura Cósmica» a Douglas F. Litvak, Capitán del «Sugar Star». Se trata de un S.O.S. Prioridad Uno. Me acojo a los artículos 001.101 y 001.102 del Código de Navegación Espacial, para solicitar ayuda de cualquier nave que haya recibido mi mensaje. ¡Contéstenme si me oyen!

Aquella petición no podía ser desoída. El mensaje quedaría grabado en la «Caja Azul» de la «Sugar Star». Y si algún día era escuchado por las Autoridades de Navegación, podía suponer mucho para el Capitán: la pérdida de su permiso de Navegación. Pero la Compañía de las Galaxias Orientales no quedaría mejor librada: su nave sería sometida a un confinamiento sobre superficie no inferior a diez años, y la Compañía, además, multada con una importante suma.

Pero «Dog» también sabía que acababa de entregarse, atado de pies y manos, a la Compañía. También quedaba grabada su petición de socorro y los gastos que todo aquello ocasionaría.

¡Era el fin de su independencia!

Lo había asumido con la tristeza del que vende su joya más preciada a cambio de una comida. Pero no podía hacer otra cosa.

— ¡Contéstenme si me oyen! —repitió, al no oír respuesta de la «Sugar Star»—. ¡Capitán Litvak, le hago un requerimiento personal de ayuda. Mi «Caja Azul» ha registrado nuestra conservación, sé que está usted ahí y...!

— ¡Su «Caja Azul» no vale ni el material de que está hecha! Usted, avanzando hacia el interior de Outlands, es un féretro en movimiento... ¡Ustedes ya están muertos! Y yo los acabo de enterrar... A propósito, «mi» Caja Azul está averiada y no registra nada... ¡Adiós!

La comunicación quedó cortada.

Durante unos segundos «Dog» se quedó mudo, inmóvil, mirando al altavoz por el que había salido la voz de Douglas F. Litvak.

Lo que más le dolía era la trampa de la «Caja Azul» estropeada.

No el hecho de que no hubiera querido ayudarles.

Ni siquiera el tono despectivo con el que había hablado.

Lo que más le dolía era que Litvak tenía razón: El «Basura Cósmica» era un ataúd lanzado hacia la nada.

«Dog» estalló en mil insultos, originales unos y muy repetidos otros. Sólo se calló cuando «Zumby» le interrumpió:

— ¿Qué quiere decir MASLE? No tengo registrada esa palabra.

«Dog» se volvió hacia el robot:

— ¿Las demás las conoces todas? —preguntó sorprendido.

—Sí.

—Buen trabajo ha hecho contigo mi querido «Cat». No te habrá enseñado a decir pechuga, pero el resto de las cosas…

—Sí. Ha introducido en mí muchos miles de palabras… Pero… ¿Qué quiere decir MASLE?

—Quiere decir que… ¡bueno!… No sé cómo explicártelo… Es un acto tremendamente biológico y humano…, algo difícil de comprender para un robot… Quiere decir que más le valdría a su padre haberse autosatisfecho la noche que lo engendró…; ¿lo comprendes?

—No mucho. Autosatisfecho… ¿En qué sentido lo utilizas? En el económico sería comprar algo que deseaba extraordinariamente, en el social sería alcanzar una meta…

—No. Me refiero al sentido sexual. ¿Sabes lo que significa masturbarse?

«Zumby» permaneció unos segundos digiriendo aquella información. Después pareció como si sonriese y dijo:

— ¡Ah! Ya lo comprendo. La frase correcta sería: MÁS LE VALDRIA A SU PADRE HABERSE HECHO UNA PAJA LA NOCHE QUE LO ENGENDRÓ.

«Dog» había oído mayores barbaridades en su vida. Pero el hecho de oír aquello en boca de un robot, no acabó de gustarle. Y se ruborizó, como si fuera una colegiala.

— ¡Eeeeh! Bueno, pasemos a otra cosa… ¿Qué se te ocurriría hacer ahora?

—Convendría averiguar las provisiones que tenemos y calcular los días que puede aguantar usted con esa comida. Teniendo en cuenta que deben de ser divididos por tres ya que la distancia recorrida en pos de su socio, será igual a la que recorra para regresar, multiplicada por dos tripulantes.

— ¡Bien, bien! ¡Haz la contabilidad!

—Ya la he hecho. Hay víveres para una persona durante treinta y dos días. Si lo dejamos reducido a una dosis de supervivencia, quizá se podrían alcanzar los…

— ¡Cállate! —gritó «Dog»—. Necesito estar solo y pensar. Vuelve a hacer el recuento de víveres.

El robot permaneció ante él sin decir ni una palabra.

— ¡Obedece!

Sin replicar, «Zumby» se dirigió hacia la despensa.

«Dog» se quedó sentado en el Puente de Mando. Por primera vez en los últimos años se sentía solo. Tremendamente solo.

«Cat» había sido un compañero perfecto. Los dos juntos sabían lo que tenían que hacer: «Dog» recomendar prudencia, y «Cat» actuar por

impulsos. Los dos se habían complementado.

Y, ahora, estaba solo.

Él tenía que serlo todo: audaz y prudente, arriesgado y cerebral, tímido y osado… ¡Todo! Ya no tenía que confiar en que la decisión sería el término medio entre las dos posturas enfrentadas: Ahora sólo había una postura, y él tenía que decidir si era la correcta.

«Zumby» se había colocado frente a él.

Silencioso, mirándole sin decir nada.

«Dog» lo observó. No le convenía dejar de utilizarlo: el robot le había avisado de varios errores, y había podido rectificarlos.

— ¿Qué podemos hacer «Zumby»? ¿Qué se te ocurre?

El robot no contestó.

— ¡Vamos! No seas orgulloso… ¡Dime alguna de tus brillantes ideas!

Pero «Zumby» siguió mudo.

«Dog» se levantó y se pasó las manos nerviosamente por la cara.

—Es lo último que me faltaba: estar perdido y solo en Outlands, y tener por única compañía a un robot que se ofende cuando le mandas callar. ¡Vete a la porra!

«Zumby» no se movió.

— ¡Maldita sea! —murmuró «Dog»—. ¡Creo que voy a volverme loco!

6

Durante dos días, «Dog» navegó en solitario y se limitó a dar algunas ligeras cabezadas en el sillón del puente de mando.

No se había afeitado, sólo había acudido al evacuador de excrementos en los momentos en que no podía contener sus necesidades y comenzaba a oler a todos los rincones de la Galaxia, ya que en estos días no se había acercado a la ducha.

Sus ojos habían permanecido fijos, clavados casi sin parpadear, en la pantalla de T.V. que había ante él.

La nave extraña, el pecio abandonado, seguía a la misma distancia que alcanzó el primer día. No podía verla, pero sus sensores y scanner la tenían perfectamente localizada.

«Dog» consumía sus horas en una febril y reiterativa ansia por repetir una y otra vez los cálculos, siempre para obtener el mismo resultado: la nave alienígena seguía a la misma distancia, estaba allí, inalcanzable.

De vez en cuando se acercaba a la radio y procuraba emitir algún mensaje hacia «Cat».

Pero nunca había respuesta.

Durante dos días y dos noches se había martirizado con las mismas preguntas que nunca tenían respuesta: ¿Estaría «Cat» vivo? ¿Habría algún ocupante en aquella nave? ¿Dónde se dirigían? ¿Llegarían sus víveres hasta el momento en que la nave se posase en algún planeta? ¿Tendría que abandonar antes la persecución?

También las dudas le atormentaban: Seguramente «Cat», estaría muerto y él estaba haciendo el imbécil siguiéndolo. ¿O quizá el único alivio de su socio sería el pensar que iba tras él y nunca lo abandonaría? ¿Qué habría hecho «Cat» en una ocasión semejante?

Eran las dudas, vacilaciones y torturas de un hombre solo y perdido.

«Zumby» pasaba ante él como un fantasma.

«Dog» podía percibir en el robot que no se olvidaba de él, porque, siempre con la exactitud de un reloj de cadmio argentiano, le traía las comidas calientes.

— ¡Gradas! —se limitaba a decir «Dog» sabiendo que no le arrancaría ni una sola palabra a aquel engendro metálico.

Pero al tercer día estalló la crisis.

Cuando el robot le retiraba la bandeja, con la comida casi intacta sobre ella, «Dog» se levantó de un salto impidiéndole pasar. Con fiereza, le sujetó por los brazos.

— ¡Escúchame, maldito hijo de tuerca! ¡No consiento que una colección de cables, chips y tomillos se ría de mí!

«Zumby» permaneció ante él impertérrito.

— ¡Necesito hablar, comunicarme, quiero sentirme vivo!... ¡Hasta los perros responden a las caricias de sus amos! ¡Alguna vez les lamen la mano!

«Zumby» no se inmutó.

«Dog» aflojó la presión de sus dedos, abatido.

Casi sin darse cuenta, sus ojos comenzaban a estar anegados de lágrimas, sus piernas parecían negarse a sostenerle. Cayó arrodillado ante el robot, llorando como un colegial.

No podía frenar las lágrimas; aunque se sentía ridículo, arrodillado a los pies de aquella máquina.

— ¡Habla! ¡Háblame, maldito cacharro!

— ¿Ya tengo tu permiso? —zumbó el robot.

«Dog» se quedó mirándolo sorprendido.

— ¿Te..., te he conmovido...?

—Yo no conozco eso... Sólo sé que hace tres días me ordenaste callar y ahora me has ordenado hablar... Bien... ¿De qué quieres que te hable?

—No me importa... ¡Habla de lo que quieras, pero habla, habla sin parar!

—Todos estos fenómenos se refieren a campos gravitatorios débiles, por lo, que no constituyen una prueba definitiva... —comenzó a decir, obedientemente, «Zumby»—... de la relatividad. Al final de su vida, las estrellas se convierten en cuerpos muy densos que crean intensos campos gravitatorios: son condiciones óptimas para...

«Dog» comenzó a respirar hondo. No le importaba lo que «Zumby» le dijera. Se sentía acompañado por un hilo musical y aquellas áridas palabras sobre la teoría de la relatividad le sonaban a música celestial. ¡Dudaba mucho de que Vivaldi hubiera conseguido impresionar a alguien, como Einstein lo estaba haciendo con él!

Volvió a sentarse en el puente de mando. No tenía nada que hacer. Sólo esperar.

Decidió consultar al robot sobre si se le ocurría algo que...

No tuvo tiempo.

El scanner comenzó a pitar insistentemente.

— ¡«Zumby», ven aquí! ¡Rápido!

El robot obedeció, mientras «Dog» ajustaba los controles.

— ¿Qué crees que puede ser?

El robot comenzó a maniobrar sobre el otro scanner. Rápido y seguro.

—Creo que nos va a atacar.

— ¿Quién?

—Eso no lo sé, pero sería muy conveniente salir— nos de la ruta que llevamos. De no hacerlo así, seremos abordados en cuarenta y cinco segundos.

«Dog» no tuvo tiempo ni de lanzar una exclamación. ¡Cuarenta y cinco segundos!

Conectó los motores al máximo y, sin hacer caso de sus quejidos y protestas, los mantuvo en posición 100.

Después obligó a la nave a girar cuarenta y cinco grados.

—Más abertura... —dijo «Zumby» a sus espaldas—. Así rio conseguiremos evitar la colisión.

«Dog» obedeció sin rechistar. No dudó ni por un instante del análisis del robot.

Forzó aún más a la nave a tangenciarse de la ruta que llevaba.

Las pantallas de T.V. le mostraron el vehículo, que irrumpía a toda velocidad en su campo visual.

Nunca había visto nada como aquello.

Se parecía mucho más a una escultura abstracta que a cualquier otra nave conocida, excepción hecha de la que servía de cárcel a «Cat».

— ¿Has calculado la ruta de aproximación que ha seguido esa nave? —le preguntó a su robot.

—Creo que proviene del vehículo que seguimos...

—Eso es lo que yo me imaginaba, pero... ¿Por qué nos atacan ahora?

Antes de que pudiera reflexionar sobre aquella pregunta, la nave comenzó a emitir rayos de luz azulada. «Dog» los conocía muy bien: eran los mismos que habían atrapado a la «mosca» y a «Cat».

Los vio avanzar hacia él, pero no lo hacían en línea recta: parecía como si estuvieran programados para atraparlo a lo largo de su ruta. Se dirigían hacia el punto donde el «Basura Cósmica» se encontraría en breve. Estaban calculando la trayectoria de ambas cosas: el rayo y la nave, y buscaban el punto de intersección.

«Dog» se sentó en los mandos: aquella situación necesitaba de un piloto humano. ¡Vaya que sí!

Por un momento, unas nuevas energías invadieron su cuerpo.

¡Por fin, después de varios días de sentirse un elemento más de la nave, podía actuar!

Sus dedos se aferraron a los mandos del «Basura Cósmica».

Vio el primer rayo ante él, avanzando hacia su encuentro programado.

Ordenó a la nave que descendiera.

— ¡«Zumby»! —gritó casi feliz de verse en peligro—. Ordena a la nave que memorice todos los cambios de ruta. Cuando termine con este engorro hemos de volver tras la nave de «Cat».

—Ya lo he hecho cuando hemos introducido la primera variante de la ruta...

— ¡Bien! Buen chico... Ahora... ¡Agárrate! ¡Vamos a bailar durante

un rato!

Los rayos azulados se alzaban ante él, como una barrera de lanzas infranqueables.

Hizo primero un giro a la izquierda: noventa grados.

Después ciento ochenta grados hacia abajo.

Sesenta hacia delante y a la derecha.

Una vuelta sobre la parte superior, un descenso a los infiernos, un giro entre la muerte, un avance hacia la vida...

Pasaba entre los rayos como una exhalación.

Hasta ahora no había rozado ninguno.

Y esperaba seguir haciéndolo así.

—La nave sigue en la ruta... —anunció «Zumby»—. No se ha desviado ni un grado.

— ¿Qué quieres decir?

—Que parece estar programada a seguir una deriva fija y dejar a los rayos la tarea de apresarnos.

—Eso significa que en cuanto salgamos de su radio de acción, ¿dejarán de perseguirnos?

—Eso creo —asintió el robot.

—Bueno... ¿Cuánto falta para comprobarlo?

—Creo que en tres minutos saldremos del área de encuentro.

«Dog» había comenzado a creer ciegamente en el robot.

Confiaba en que lo que «Zumby» le decía era tan verdad como la muerte.

Los rayos, ante él, se multiplicaban como tentáculos venenosos.

Cada vez era más difícil poder esquivarlos.

Sus ojos se dirigían nerviosamente hacia el reloj

Tres minutos le habían parecido un breve espacio, ahora se le antojaban inacabables.

—«Zumby»... ¿Qué ocurriría si atravesamos uno de esos rayos por la mitad?

—No lo sé. Hasta ahora sólo tenemos datos de que su cabeza fija y sujeta los objetos... Pero carecemos de información sobre su tronco. Y sólo hay una forma de averiguarlo.

«Dog» no pudo contener una sonrisa: Aquélla era una de las típicas frases de «Cat». ¡Se notaba claramente quién había programado al robot!

Los rayos de luz azul, como kamikazes, buscaban su presa sin un segundo de descanso.

¡Dos minutos! ¿Y si «Zumby» se hubiera equivocado?

¡Un rayo a la derecha! ¡Giro a la izquierda!

¡Un rayo de frente! ¡Inmersión!

¡Uno abajo y otro arriba! ¡Freno al motor y giro a la izquierda!

— ¿Nunca van a pasar estos tres minutos?

—Ya van transcurridos más de la mitad... —le informó «Zumby»

Ante «Dog» apareció una formación de rayos. Desdoblándose, multiplicándose como células vivas, dividiéndose para llenarlo todo.

Giró bruscamente para encontrarse en la misma situación, la formación de rayos avanzaba imparables: frente a él, por arriba por abajo, por la izquierda...

¡Por todos lados!

Poco a poco iba formándose una esfera de paralizadores rayos azules que le iban envolviendo. Todavía no había terminado de cerrarse, había un punto por el que...

No lo pensó dos veces. Se lanzó hacia él con la ciega voluntad de los desesperados, a la vez que gritaba:

— ¡Agárrate! ¡Allá vamoooooos!

Fue una auténtica carrera. Los rayos avanzaban casi más rápido que su vista, intentando cubrir aquel punto.

«Dog», hipnotizado, los veía evolucionar: unos se subdividían, otros, sin hacerlo, iban ganando velocidad.

Mentalmente, calculó que la esfera se cerraría antes de que él consiguiera escapar.

— ¡No! ¡Tengo que cruzar! ¡Tengo que hacerlo!

Casi cerró los ojos para no ver el encontronazo, ya que veía a los rayos avanzando imparables.

¡Se iban a cerrar! ¡No conseguiría llegar a tiempo! ¡Se estaban cerrando!

Y se acordó de que tenía que actuar como «Cat». Que, ahora, debía de tener las dos personalidades.

De un vistazo, seleccionó un rayo que avanzaba separado del resto, adelantándose a sus compañeros.

Ordenó a la nave un nuevo giro, hacia aquel rayo, hacia la mitad.

El resto de los rayos parecieron dudar. Durante un momento zigzaguearon decidiendo entre cerrar la esfera o perseguir a «Dog».

Pero no pudieron perder mucho tiempo en esto.

La proa del «Basura Cósmica» embistió fieramente al rayo por la mitad.

Fue un estallido de luz, una corriente de energía recorriendo la nave, introduciéndose en todos los rincones haciéndolos brillar.

Las pantallas de T.V. se iluminaron como nunca antes lo habían hecho.

Un dolor invadió los ojos de «Dog». No tuvo más remedio que cerrarlos. A sus espaldas oyó cómo «Zumby» gritaba.

— ¡Lo hemos conseguido! ¡Hemos atravesado el rayo!

«Dog» abrió los ojos.

No veía nada.

— ¡Estoy ciego! —gritó—. No puedo seguir... ¡Zumby, toma tú los

mandos! ¡Yo no veo nada! ¡Corre, no pierdas tiempo!

—No hace falta... —le dijo el robot, a la vez que apoyaba una de sus zarpas en el hombro de «Dog »—. Han pasado tres minutos.

«Dog» preguntó:

— ¿Ya la hemos dejado atrás?

—Sí. Descansa... Hemos salido de su radio de acción.

— ¡Escucha «Zumby»! Ahora hemos de recuperar la ruta...

—Descansa. Sé lo que tengo que hacer... Lo primero, volver al recorrido que llevábamos. Después, localizar la nave..., seguirla..., y curar tus ojos.

—No creo que sea nada grave. Simplemente estoy deslumbrado por los fogonazos..., pero se me pasará. ¡Al menos, eso espero!

La mano de «Zumby» ya no estaba en contacto con su cuerpo. «Dog» se sentía en aquel momento mucho más útil que durante lo que llevaba de viaje.

Oía al robot, recorriendo el puente de mando, manipulando los controles.

—Dime qué estás haciendo.

—Acabo de ordenar a la nave que haga el cálculo de las desviaciones, y que nos lleve de la forma más rápida a la ruta.

—De acuerdo... ¿Qué más?

—Ya está hecho todo. Sólo nos queda esperar a estar otra vez detrás de la nave y averiguar si nos ha sacado mucha ventaja.

El robot volvió a acercarse a «Dog».

Le indicó:

—Ahora es tu turno.

«Dog» le preguntó, desconfiado:

— ¿Qué sabes tú de Medicina?

«Zumby» sólo respondió:

—Abre los ojos.

«Dog» obedeció sin protestar. Sintió las zarpas de «Zumby» obligándole a girar la cabeza en uno y otro sentido, a la vez que decía:

—Mira a la izquierda..., ahora a la derecha... Creo que en breve recuperarás la vista. Pero te conviene descansar, estás muy fatigado.

— ¡No puedo, ahora!

Sintió un pinchazo en el brazo, y comprendió lo que sucedía: «Zumby» le había inyectado un somnífero. Comenzó a notar los miembros pesados... — ¡Maldito aparato mecánico!

—Descansa, «Dog», descansa...

«Dog» se despertó con la extraña sensación de que habían pasado muchos días desde que había gastado sus últimas energías en huir del ataque de la nave alienígena.

Sus pensamientos volvían a él lentamente y de una forma desconexa, como a oleadas, y surgiendo de entre la niebla.

Se miró en un espejo: la barba era de varios días.

Entonces cayó en la cuenta de que se estaba viendo. ¡Había recobrado la vista!

— ¡Hola! —dijo «Zumby» entrando en la habitación—. ¿Qué tal has descansado? ¿Te encuentras mejor?

«Dog» tardó unos segundos en contestar, como si necesitara examinar la situación antes de dar una respuesta.

—Estoy mejor..., gracias. ¿Cuántos días he pasado durmiendo?

—Un día y medio.

—Tenías razón en lo de la vista... ¡Necesitaba descansar!

—Necesitabas eso, y las gotas que te he ido administrando y que no conviene que dejes de aplicarte.

«Dog» dio un respingo. La pregunta le parecía la más importante y, sin embargo, la había olvidado hasta aquel momento:

— ¿Hemos localizado la nave de «Cat»? ¿Nos sacó mucha ventaja?

—Algo más que antes de la pelea. De todas formas seguimos a una distancia fija, no la hemos perdido.

El humano suspiró. ¡Aquélla sí que era una buena medicina!

Se incorporó del lecho y avanzó pesadamente hacia el evacuador.

Se tambaleaba y necesitaba ir apoyando las manos en las paredes.

— ¡Caramba! Estoy muy débil...

—He preparado comida y un reconstituyente.

—Eres muy amable. Veo que «Cat» ha hecho un excelente trabajo contigo.

—No soy amable. No puedo serlo, ya que no tengo sentimientos. Únicamente cumplo las funciones para las que he sido programado. Y una de ellas es ayudarte, sobre todo en los momentos difíciles, como éste.

—Tampoco es una situación tan grave —protestó «Dog».

—Lo es. La nave de «Cat» está iniciando su aproximación a un planeta. Nos lleva varias horas de ventaja.

—Pretendes decirme que...

—Sí. Estamos llegando al final del viaje: a la meta.

7

«Dog» Taylos tragó la comida, abundante comida, que le había preparado «Zumby», como si se tratase de un hambriento Agujero Negro. No hizo ni una ligera observación a la falta de sal, exceso de especias, o socarramiento de alguno de los platos.

Cuando «Dog» se levantó de la mesa, se tambaleaba de pura hinchazón estomacal. Había tragado como alguien que puede ser que no vaya a comer en mucho tiempo. Intentando sobreponerse a su pesadez, se acercó al robot, que había ocupado el puesto de Capitán de la nave.

— ¿Cómo va la cosa? ¿Hay alguna novedad? — preguntó lanzando unas rápidas miradas a las pantallas y a los controles indicadores.

—Sí. La nave ya ha entrado en órbita en torno a ese planeta. No ha sido posible realizar una inspección visual, pero todos los datos del scanner indican que la nave ha cambiado de aspecto exterior.

— ¿Qué pretendes decir?

—No sabría explicarlo muy bien, pero parece como si hubieran desaparecido todas las irregularidades de su «carrocería»: en estos momentos es una esfera completamente perfecta.

— ¿Qué razón de ser tiene eso? ¿Acaso pretenden que alguien confunda una esfera metálica con un planetoide? ¡Es imposible!

—Creo que eso es precisamente lo que se proponen —afirmó «Zumby»—. Me parece que han recubierto toda la estructura exterior de rocas y tierra.

«Dog» lo escuchaba con la boca abierta: nunca había oído nada semejante. El simple hecho de calcular todo aquel esfuerzo de camuflaje en términos de energía le daba una cifra impresionante. Si ese gasto energético lo examinaba bajo el aspecto económico..., era una cantidad de trillones de dólares muy superior a la que él era capaz de imaginar.

— ¿Por qué? ¿Qué motivo tienen para camuflar su nave? ¡Estamos en Outlands! ¿Quién puede arriesgarse a venir aquí y descubrirlos? ¿Por qué tanto deseo en ocultarse?

—Ésas son preguntas que no estoy en condiciones de responder sin haber examinado antes el planeta y sus ocupantes. Quizá tienen miedo a otros ocupantes de Outlands.

—Eso no es posible. Sabemos que aquí no hay ningún gran Imperio. Cada día vamos colonizando una mayor parte del espacio. ¡Cada día Outlands es más pequeño!

«Dog» negó con la cabeza, antes de seguir:

—De existir alguna gran potencia planetaria, ya habríamos tropezado con sus naves... ¡Las grandes Compañías mantienen miles de naves de exploración en los límites de Outlands, adentrándose cada

vez más!... ¡No, no es posible! Lo único que podemos encontrar es algún planeta escasamente avanzado en su aspecto cultural. ¡Sabemos que hay muchos de ésos!

—Quizá no han querido entrar en contacto con las Compañías —apuntó «Zumby».

—Aunque no hubieran querido. ¡Sería imposible rehuirlos, siempre hay una casualidad, un encuentro fortuito, un contacto de scanner o sonar! ¡Tiene que haber otra razón!

«Zumby» no le contestó a esa pregunta. Sólo se limitó a decirle:

— ¡Mira a la pantalla! Ya hay contacto visual. Parece que algo se desprende de la esfera.

«Dog» se clavó en seguida delante de la pantalla, maniobrando febrilmente sus mandos, buscando una ampliación de la imagen.

Lo consiguió.

Un pedazo de la esfera se había desprendido de ésta. Rápidamente, unas planchas metálicas recubrieron el espacio vacío, a la vez que a través de unos orificios comenzaba a salir una nubecilla de polvo que iba posándose sobre los brillantes paneles de metal recién aparecidos.

Unos segundos después un árido y seco desierto, poblado de cráteres rocosos, cubría las superficies metálicas.

— ¿Has visto eso, «Zumby»? ¡Es increíble!

—Sí. Revelan un índice muy alto de cultura tecnológica—. Tardó un breve espacio de tiempo, como si dudase, antes de seguir hablando —. Me he tomado la libertad de emitir hacia el pedazo desgajado.

— ¿Emitir el qué?

—Tenemos que saber dónde está «Cat». Si queremos rescatarlo, hemos de averiguar si se halla en la nave, o si viaja en ese satélite que va hacia el gran planeta.

«Dog» bendijo mentalmente la habilidad que había tenido su socio al programar aquel robot: su ayuda estaba resultando inestimable.

Antes de tener que dar las gracias al robot, «Dog» se volvió hacia los mandos del emisor y comenzó a manipularlos.

— ¿Me oyes, «Cat»? ¿Puedes emitir?

Aquel silencio le resultaba angustioso. Se negaba a admitir la idea de que su socio, quizá desde hacía varios días, era incapaz de contestar a ninguno de sus mensajes, estuvieran donde estuviesen sus restos.

—«Cat», por favor, si puedes escucharme contéstame.

—Dirige el mensaje hacia la nave grande... —sugirió «Zumby» a sus espaldas—. Quizá no la haya abandonado.

«Dog» se dispuso a mover el dial, en el preciso instante en que algo resonó por los altavoces de la nave.

—...se mueve mucho más que...

«Dog» lanzó un grito excitado a la vez que proclamaba:

— ¡Es «Cat»! ¡Es «Cat»! ¡Está vivo!

Nerviosamente comenzó a rastrear las ondas en busca de la voz familiar de su socio, a la vez que hablaba desesperadamente por el micrófono:

—No sabes lo que me alegro de oírte. Si me estás escuchando contéstame. Yo te he oído sólo una frase entrecortada, pero sé que estás ahí y necesito que me informes de...

Hablaba y hablaba sin cesar, atento a la voz de su amigo que se negaba a volver a hacer su aparición en los altavoces.

Seguía rastreando la nave desgajada en busca de algo que le permitiera confirmar sus esperanzas. Pero era inútil. Desesperado, se volvía hacia el robot.

— ¿Tú lo has oído?

—Sí...

— ¿De dónde ha salido?

—Los mandos estaban dirigidos hacia la navecilla.

«Dog» volvió a intentarlo inútilmente. Nadie le respondía. Cesó en sus intentos y se consagró con toda su energía a seguir a la nave que se acercaba al planeta.

Pronto entraría en la cara oscura, y eso significaría perder la posibilidad de comunicarse con ella. Perder la posibilidad de rescatar a «Cat».

— ¡Vamos allá! —dijo abandonando los mandos del comunicador y haciendo girar su sillón hasta colocarse frente a los controles de navegación.

—Aquí hay atmósfera... —se iba diciendo a sí mismo—. La nave de «Cat» irá frenando paulatinamente, por rozamiento, si yo acelero...

Los motores, después de dos días de inactividad, parecieron responder muy bien a los requerimientos de «Dog».

Se fue acercando a la nave de «Cat» a mayor velocidad de la que había previsto.

Las dos naves se zambulleron en el lado oscuro del planeta.

Nada más entrar en aquella zona, las débiles luces de la nave de «Cat» se apagaron.

— ¿Dónde se ha metido ese trasto? —gritó «Dog» a la vez que conectaba el scanner para impedir perder a su amigo—. ¿Por qué ha apagado las luces?

La nave que le precedía descendió en picado hacia el suelo del planeta.

«Dog» la imitó tras proferir una maldición:

— ¿Qué hace ahora? ¿Pretende esquivamos?

No escuchaba las palabras de «Zumby» ya que estaba completamente absorto en el seguimiento de «Cat».

La nave perseguida había descendido casi a ras de suelo del planeta

y allí comenzaba a hacer violentos y rápidos zig-zags, introduciéndose por grietas, esquivando colinas por pocos metros, volviendo a planear sobre las vallas o girando cerradamente para dar la vuelta a una montaña.

«Dog» notaba un sudor frío resbalándole por la frente.

No había llegado hasta aquí para dejar que la nave se escapase.

— ¿Has calculado el tiempo que estaremos en la zona oscura? —le preguntó a «Zumby».

—Ocho horas aproximadamente. Es un planeta más pequeño que la Tierra. Carece casi de atmósfera, y su superficie es completamente árida, sin agua, con grandes cordilleras montañosas y grandes superficies desérticas.

— ¿Has hecho un análisis espectrográfico?

—Sí. Su subsuelo es bastante rico en metales, casi en estado puro.

Fue aquel momento en que el scanner dejó de funcionar. La pantalla quedó en blanco por un segundo.

«Dog» le administró el mejor truco que conocía: un puñetazo sobre la pantalla.

— ¡Maldito momento ha elegido para estropearse!...

La pantalla volvió a quedar en blanco. Nuevo puñetazo. Nada. Unos segundos de imagen rayada, seguidos de otros de blanco intenso. Una imagen diagrámica del planeta y un nuevo espacio de tiempo en blanco.

— ¿Qué demonios está pasando ahora? —gritó «Dog» a la vez que se enzarzaba en un combate de boxeo con el scanner.

—No te hagas daño... —dijo «Zumby» a sus espaldas—. Algo está interfiriendo nuestro scanner. ¡Algo muy potente! Espera..., parece que disminuye... Sí..., ya hemos salido de su zona...

La pantalla mostraba el diagrama de la orografía de aquel espacio del planeta.

Pero solo eso.

Ni un rastro de la nave que llevaba a «Cat».

— ¡Media vuelta y descenso! —se dijo «Dog» a sí mismo apretando los dientes furiosamente.

8

«Dog» pidió al ordenador datos sobre el punto y el momento en que la nave que llevaba a «Cat» había desaparecido. Pero la computadora fue incapaz de suministrárselos: no había quedado ningún tipo de registro en su memoria.

Lo que había interferido en el scanner lo había hecho también en todos los aparatos de memoria de la nave. ¡Era muy extraño que no hubieran sido afectados los motores o el mando de navegación!

A base de cálculos manuales, «Dog» pudo hacerse una idea del punto donde se había perdido su presa.

Era demasiado grande: una superficie semejante a la de España. ¿Cómo encontrar allí una nave perdida?

—«Zumby», necesitó tu ayuda: voy a cuadricular la zona y la vamos a sobrevolar lentamente. Necesito que tú te encargues de los scanners detectores de metal, de temperatura y de capacidad a las ondas sonoras. Yo me encargo de la inspección visual, del scanner biológico y del movimiento...

— ¡De acuerdo!

—No podemos permitir que se nos escape ni un solo detalle... ¡Cualquier cosa anormal que veas, avísame de inmediato! ¡Pararé la nave y descenderemos a inspeccionar!... ¿Entendido?

— ¿A qué altura vas a realizar el reconocimiento?

—Quinientos metros.

—Vamos a tardar mucho tiempo.

Y sin más dilación, los dos se pusieron al mando de sus respectivos controles.

Fue una búsqueda agotadora.

«Zumby», al ser un robot, era incapaz de dar a «Dog» lo que más necesitaba: algunas palabras de ánimo y consuelo, algo de compañía y de calor para hacer más llevadero aquel mal trago que le había proporcionado la vida.

Pero «Zumby» no podía hacer nada de aquello: él estaba programado para ayudar y, una vez analizado el plan de «Dog», si éste le parecía bueno no hacía ningún comentario más, limitándose a cumplir su función, eso sí, de una manera técnicamente irreprochable. Ésta era la gran ventaja de los robots: si funcionaban, lo hacían de una forma perfecta.

Durante varias horas, los ojos de «Dog» no se apartaron del recorrido ventana—pantalla. Un escozor comenzaba a amenazar sus facultades visuales, pero no quería abandonar a su presa. No en aquel punto.

— ¿No has detectado absolutamente nada? —preguntó «Dog».

—Nada. Ninguna cosa anormal.

— ¡No puede ser! Esa nave tiene que haberse posado en algún sitio. ¡Aunque ahora estuviera cubierta de tierra y rocas, nuestros scanners tendrían que conseguir localizarla! ¡No lo entiendo!

—Tienes razón —confirmó «Zumby»—. No es lógico lo que sucede. Parece como si se la hubiera tragado el planeta.

«Dog» levantó la vista de las pantallas y se lo quedó mirando fijamente.

— ¿Qué has dicho? —preguntó al robot.

— ¿Lo repito todo o prefieres alguna frase en especial?

—Déjalo, déjalo. Si mal no recuerdo has dicho: «Parece como si se la hubiera tragado el planeta». Sí. ¡Quizá se la ha tragado el planeta! Ya sé que puede parecer una locura, pero... ¿Y si este planeta no es más que una de sus naves, camuflada por tierra y rocas? Hemos visto de lo que es capaz la gran nave que raptó a «Cat». ¡Nunca hubiera imaginado un vehículo tan gigantesco haciendo una cosa como ésa!... ¿Por qué no puede pasar aquí lo mismo? No podemos pensar que, haciendo aquello que nos maravillaba, esta gente ya había llegado al clímax de su tecnología. Quizás aquello, para ellos, no fue más que un juego infantil... ¿Qué podemos hacer?

—Descender a comprobarlo.

La lógica de «Zumby» resultaba en algunos momentos tremendamente descorazonadora: se limitaba a expresar en voz alta todo aquello que «Dog» tenía miedo de confesar.

Porque «Dog» tenía miedo. Mucho miedo. Allá fuera, en aquel planeta, a miles de millas en el interior de Outlands, cualquier fallo sería mortal. Para él y, obviamente, para «Cat».

—Está bien. Bajaremos los dos en uno de los vehículos auxiliares.

—Creo que sería mejor que yo permaneciera en la nave. Si te sucediera cualquier cosa, yo quedaría como reserva para poder acudir en tu ayuda. Mientras que si vamos los dos en el mismo vehículo...

— ¡Obedece! —replicó secamente «Dog»—. No comprenderías los motivos.

Claro que no los comprendería. ¿Cómo explicar a un ser mecánico la necesidad de tener compañía, de tener a alguien con quien hablar, de sentir la presencia de otra...? ¿persona? moviéndose en torno tuyo.

No, no lo comprendería.

Ambos se dirigieron a los vestuarios. Antes de subir en el vehículo, «Dog» se colocó uno de los trajes para salir al exterior: no quería tener que vestirse a toda velocidad en la navecilla, si tropezaban con «algo». «Zumby» no necesitaba nada: si era necesario salir al exterior, podía hacerlo sin ningún tipo de preparativos.

Habían dejado a la nave situada en una «ruta ciega» que garantizaba que iba a estar dando vueltas sobre sus cabezas, sin perder el contacto con ellos, siempre dispuesta a cumplir las

instrucciones que «Dog» le transmitiese desde su pequeño emisor portátil.

— ¿Preparado? —preguntó innecesariamente a «Zumby».

—Preparado.

—Desconozco estos mandos... —dijo «Zumby», mirando en derredor suyo—. No los tengo codificados en mi memoria...

—Sólo son un poco diferentes de formato a los de la nave, pero, lógicamente funcionan igual. Lo único que no comprendes es que la «envoltura» es diferente. No sabes qué botón sirve para qué cosa, ni cómo se conectan las pantallas.

—Si me permites que te observe, iré aprendiendo sobre la marcha, analizando tus gestos y sus resultados.

—Como quieras.

Comenzó a cerrar las compuertas de ambas naves. Después abrió la compuerta exterior, y puso en situación de prefuncionamiento los motores.

— ¿Lo vas captando? —preguntó al robot.

—Sí.

—Ahora voy a conectar los scanners. Éstos no son tan potentes como los del «Basura Cósmica», pero nos ayudarán, o, al menos, eso espero.

Sus dedos se fueron deslizando ágilmente por los paneles de mandos, oprimiendo unos botones, dejando otros..., hasta que todas las pantallas y tableros fueron iluminándose. De un solo vistazo comprobó que todo funcionaba perfectamente.

Mientras tanto fue explicando a «Zumby» todas y cada una de las cosas que hacía.

Cuando terminó la comprobación de todos los sistemas, colocó los motores en funcionamiento y la nave comenzó a deslizarse sobre el suelo, a un palmo de éste, hacia la compuerta que les conduciría al espacio exterior.

Silenciosamente, fueron saliendo.

Una vez en el exterior, «Dog» pasó a funcionamiento—2: los motores comenzaron a ronronear.

—Vamos a descender. Los mandos de altitud, velocidad, dirección, frenado..., son éstos de aquí.

—Ya veo. Tres botones y una palanca. Se maneja igual que las viejas máquinas de jugar a «marcianitos».

«Dog» no pudo evitar el sonreír al oír aquella definición. Pero rápidamente la sonrisa se borró de su rostro, cuando sus ojos se fijaron en la superficie del planeta.

Aquélla era su última oportunidad. Si fallaba ahora...

Comenzó a rastrear la superficie con todo interés, a la vez que ordenaba a «Zumby» que hiciera lo mismo.

Casi no podía oírse la respiración de «Dog», atento como estaba a la más mínima señal.

Lentamente la nave llegó hasta unos pocos metros de la superficie, y una vez hecho esto comenzó a recorrerla ansiosamente.

Devoró miles de millas sin ningún resultado. La única diversión que se permitía, de cuando en cuando, era elevar su vista y comprobar que la nave «madre», su «Basura Cósmica», seguía allí arriba.

Una docena de veces estuvo tentado de abandonarlo todo, y una docena de veces decidió continuar.

En dos horas habían recorrido todo el centro, todo el corazón, de la zona donde había desaparecido «Cat».

Y sin resultado.

—Creo que sólo podemos hacer una cosa más: bajar y excavar el suelo.

— ¿Qué conseguirás con eso? —preguntó «Zumby»—. Lo más posible es que la capa de tierra y rocas sea de un espesor de muchos metros. ¡No me parece fácil excavar una superficie así!

—No hay otra alternativa. Utilizaré los láseres de este vehículo.

— ¿Cómo?

—Déjame a mí.

Primero hizo descender a la nave a ras de suelo, y posarse sobre la superficie del planeta. «Dog» y «Zumby» descendieron allí.

Después, con sus mandos a distancia, volvió a hacer que la nave se elevase.

A unos veinte metros le ordenó detenerse. La hizo girar hasta que su proa y sus cañones—láser estuvieron perpendiculares al suelo.

Después le dio orden de disparar en ráfaga continua.

El rayo cayó silenciosamente sobre el suelo, que comenzó a humear, lanzando arena en todas las direcciones.

«Dog» le ordenó que no concentrase el rayo en un solo punto, sino que fuera haciendo un movimiento de tipo oscilatorio, para que «limpiara» una superficie mayor.

El láser de la nave estaba haciendo un pozo de dos metros de diámetro.

A los cinco minutos, «Dog» la detuvo y, con todo tipo de precauciones, se acercó lentamente al borde del pozo.

El suelo todavía humeaba y era fácil que se produjera algún desprendimiento al contar con el peso extra de «Dog», así que se tumbó sobre la arena, y fue reptando sobre su vientre, hasta llegar al borde del orificio. Después se asomó.

Nada.

El láser había profundizado más de diez metros, pero seguía apareciendo tierra en el fondo del pozo.

Se apartó enfadado y volvió a ordenar que la navecilla abriera

fuego.

Lo hizo con rabia. Ordenando que los dos cañones dispararan a la vez, sin preocuparse por el gran gasto energético que aquello suponía.

Los lásers siguieron con su trabajo de perforación.

«Dog» seguía oprimiendo innecesariamente el mando.

Y, entonces, la tierra tembló.

«Dog» giró sobre sí mismo, preocupado por estar «fabricado» un terremoto que pudiera sepultarlo, y buscando las rocas que le venían encima.

Pero no había nada de eso.

Solamente un pedazo de desierto que estaba desplazándose de su lugar, a unos quinientos metros de él.

¡Era uno de aquellos malditos paneles!

En el agujero que se había formado aparecieron varios tubitos de rayos azules.

«Dog» cortó el láser dispuesto a dejar de «atacar» al planeta, ordenar a la navecilla que bajara a rescatarlos y huir de allí a toda la velocidad posible.

— ¿Qué haces? —preguntó «Zumby» a su espalda.

—Intentar escapar antes de que esos rayos nos atrapen.

— ¿Por qué no dejas que se apoderen de la nave? Mientras estén haciendo eso, nosotros podemos intentar entrar por aquel orificio.

«Dog» detuvo su mano antes de terminar de cursar las órdenes a la nave.

— ¡Tienes razón, maldito cacharro! Corramos hacia allí.

Dejando abandonada a su navecilla en el momento en que los rayos salían hacia ella, «Dog» emprendió la mayor carrera de su vida, la más rápida, la más angustiada.

Una carrera huyendo de la seguridad de su vehículo, cortando la posibilidad de volver al «Basura Cósmica», una carrera hacia lo desconocido, hacia aquel agujero del que no sabía nada, nada, nada...

Y sin embargo fue su mejor carrera.

Los trajes no estaban preparados para este uso: cada una de las zancadas de «Dog» provocaba que en sus muslos o en sus pantorrillas se clavase alguno de los tubos o aparatos que llevaba el traje diseminados por todas partes. Cada movimiento era un dolor, añadido a los anteriores.

Y, sin embargo, corrió como un campeón olímpico.

«Zumby» le seguía unos metros detrás de él.

Cuando «Dog» se detuvo en el borde del panel, su rostro estaba inundado de frío sudor: del interior de su traje, le venía un olor muy parecido a «esencia de alcantarillas», y le dolía todo el cuerpo. Pero sonrió feliz.

¡Al fin había encontrado una brecha en su enemigo!

Se asomó tímidamente. Ante él sólo había un gran salón bañado en luz amarilla. Los tubos de la «luz azul» estaban concentrados en el centro, lo que le dejaba una superficie bastante amplia para saltar al suelo sin problema de entrar en la trayectoria de los rayos.

— ¿Vamos abajo? —preguntó a «Zumby».

—Yo no puedo hacer ese salto. Son casi cinco metros... ¡Mis elementos se partirán!

«Dog» dio un profundo suspiro.

—Está bien. Súbete a mis hombros.

Cuando el robot se hubo sentado sobre él, en los hombros, «Dog» flexionó las piernas y saltó.

8

En el momento de tomar contacto con el suelo, todos los huesos de «Dog» protestaron. No sólo por la fuerza del encontronazo, sino también por el peso añadido de «Zumby» sobre sus hombros.

Se levantó confiando en no haber sufrido ninguna lesión. Lentamente se fue examinando todas las articulaciones, huesos y músculos importantes.

— ¡Bien! Creo que puedo andar perfectamente, todo está en su sitio, aunque dolorido.

—Creo que los humanos deberíais colocaros huesos más resistentes... —diagnosticó «Zumby»—, os evitaríais...

—No es el momento para disquisiciones médicas —mientras decía esto, los ojos de «Dog» recorrían todo su alrededor, examinando y analizando la situación en décimas de segundo.

Se hallaban en un hangar capaz de contener perfectamente a la navecilla en que habían tomado tierra en el planeta.

Las paredes eran lisas, no había ni una sola puerta, ni ventanas, ni nada. Era como una caja en su parte interior.

—Espero que cuando se cierre el exterior, alguna de las paredes se desplace. De no ser así... ¡Nos habremos metido voluntariamente en una ratonera!

Los rayos azules comenzaron a vibrar. «Dog» resistió la tentación de asomarse a ver lo que estaba sucediendo con su nave. Aunque casi podía decirlo con total seguridad: los rayos azules habían trenzado una red en torno a ella y la estaban atrayendo.

Como no sabía lo que podía suceder, se acercó a una de las paredes y se pegó a ella, buscando un poco de protección para aquella sensación de desnudez que le dominaba.

«Zumby» le imitó no se sabe por qué oscuras razones.

Unos minutos después, la navecilla estaba en la vertical del agujero y comenzaba a descender.

Cuando se posó sobre el suelo lo hizo con una extraordinaria suavidad.

«Dog» estaba muy acostumbrado a los sistemas de aterrizaje, modernos y ágiles, pero aquello no dejó de sorprenderle por su total y absoluta perfección. Podía haber habido dentro de la nave un vaso de leche hasta el borde, y no se hubiera derramado ni una sola gota.

Una vez la navecilla estuvo quieta, los tubos lanza—rayos, se sumergieron en el panel del suelo, a la vez que el techo comenzaba a desplazarse, cerrándose sobre sus cabezas.

«Dog» contuvo la respiración cuando éste se cerró.

— ¿Qué haremos ahora? —pregunto «Zumby».

«Dog» susurró:

—Sss. ¡Silencio!

Transcurrieron unos segundos sin que sucediera nada. Después una intensa luz anaranjada comenzó a bañar la estancia, a la vez que un susurro le indicaba a «Dog» que una de las paredes se estaba deslizando.

La luz anaranjada le impedía ver lo que había al otro lado del panel metálico.

—Vamos —le dijo a «Zumby», a la vez que avanzaba hacia la abertura.

La pared, al descorrerse, había dejado paso a un hangar inmenso, grandioso, gigantesco. Todas las paredes estaban tapizadas de puertas, escaleras, ventanas, y terminales de computadoras, gran cantidad de tubos, grúas mecánicas, y todo tipo de puentes y ensamblajes.

Sobre el suelo del hangar se hallaban estacionadas algunas naves extrañas, de un tipo completamente desconocido para «Dog».

Su primer impulso fue avanzar hacia allí, pero un movimiento, vislumbrado por el rabillo del ojo, le contuvo.

Unos robots acaban de entrar en el hangar y se dirigían hacia la navecilla de «Dog».

Dudó unos instantes entre lo que hacer: si quedaba allá lo verían con toda seguridad. Si intentaba salir, también lo verían.

Lo menos indicado sería avanzar hacia ellos decididamente. Eso sería lo que hubiera hecho «Cat».

Se acordó de su compromiso consigo mismo: ser las dos personas, la osada y la tímida.

—«Zumby»… —dijo quedamente—. Avanza hacia los robots, y si no te dicen nada pasa junto a ellos y espérame.

Obedeció sin rechistar.

Avanzó lentamente hacia sus congéneres.

«Dog» observaba todo con el corazón en la garganta. Los robots alienígenas parecían de un tamaño similar a «Zumby», y éste tenía el tamaño de un hombre. Esto, y la distancia entre los peldaños de las escaleras, le indicaban, que los ocupantes de aquella nave, planeta o lo que fuera, debían de ser de una altura similar a la humana… ¡Si es que había algún ocupante!

Observó cómo «Zumby» casi había llegado a la altura de los otros robots. Éstos se detuvieron un momento. «Zumby» vaciló y se detuvo. ¿Qué estaría sucediendo? ¿Por qué no hablaban? ¿Se comunicaban telepáticamente?

Por fin, «Zumby» reanudó su marcha y los otros también.

No había servido de nada aquella maniobra. Seguía teniendo la misma duda. Los robots no habían reaccionado ante la presencia de «Zumby» pero, ¿y ante la suya? ¡Él era un organismo vivo!

—Sólo hay una forma de averiguarlo —se dijo parafraseando a

«Cat».

Y avanzó conteniendo la respiración, con los ojos clavados en la cuadrilla de robots, intentando captarlo todo, hasta la más imperceptible variación de éstos.

Se iban acercando lentamente, sin dar señas de reconocerlo.

Únicamente cuando cruzaron ante él vacilaron un poco en sus pasos, pero rápidamente siguieron su marcha.

El corazón de «Dog» bajó de nuevo a su lugar habitual desde la garganta hasta las costillas.

Siguió con paso decidido hacia «Zumby». Ahora todo seguían siendo preguntas vacías y sin respuesta: ¿Cuál de todas aquellas puertas le llevaría hacia «Cat»? ¿Cuál de todas era peligrosa? ¿Había gente en aquel planeta hueco? Si la había, ¿dónde estaban?

No había más remedio que seguir avanzando, al azar, guiándose de sus intuiciones, para intentar averiguar algo. Sólo avanzar.

Se dirigió hacia una de las escalerillas, la más próxima, acompañado por «Zumby». Cada puerta era diferente de las demás, en el color, en la forma, en la altura de la pantalla de mandos para franquearla. ¡Eran tan distintas que resultaban todas iguales! ¿Cuál elegir?

—La más próxima —se dijo a sí mismo.

Ascendió por la escalerilla, procurando no hacer ruido. «Zumby», tras él, no tenía la misma preocupación y sus pasos resonaban sobre los peldaños metálicos, con unos rítmicos golpes que hacían temblar a «Dog».

—El ambiente aquí dentro es respirable —le informó el robot.

—Gracias..., pero no sé nada sobre este sitio y no quiero llevarme ninguna sorpresa desagradable. Quizá una de estas puertas nos lleve de nuevo al vacío...

Ya había llegado frente a la primera esclusa: ante él se extendía una pasarela con un par de docenas de puertas... ¡La primera era la buena!

Se colocó frente a ella. El panel de mandos tenía más de media docena de botones. ¿Cuál o cuáles eran los que le franqueaban el paso?

— ¿A qué esperas? —le preguntó el robot.

—No sé cómo ponerla en funcionamiento.

—Déjame a mí —dijo «Zumby» avanzando decididamente hacia el panel.

«Dog» le dejó hacer. De uno de los dedos de la mano derecha de «Zumby» salió un pequeño enchufe que se posó sobre uno de los botones. No pasó nada en unos segundos. Después, varios botones se iluminaron y la puerta comenzó a desplazarse.

— ¿Cuál es el secreto?

—Cada uno de los habitantes de este planeta tiene una clave

personal para circular a través de sus puertas. De esta manera, la computadora central puede saber en cada instante dónde está cada uno.

— ¿Hay habitantes? ¿Qué clave has utilizado?

—La última que se había usado para franquear la puerta en sentido inverso al nuestro. En cuanto a lo de los habitantes... La puerta no tiene memoria para informar de cuándo fue la última vez que se abrió por orden de uno de ellos... ¡Puede ser que esa clave haya sido usada hace unos minutos o hace unos siglos!

La puerta les había franqueado el paso a un corredor largo y estrecho con tres pasillos que lo cruzaban perpendicularmente. Las paredes estaban llenas de paneles de control, placas de mandos, pantallas... Parecía como si, a pesar de la inmensidad del tamaño de aquel planeta, hubiera una necesidad imperiosa de dar alguna utilidad a todo. Una pared, no podía ser sólo una pared, tenía que estar hecha por elementos útiles.

Avanzaron sin saber muy bien hacia dónde lo hacían. En cada cruce, «Zumby» solicitaba instrucciones que «Dog» no sabía cómo contestar y se limitaba a decir: «Sigue adelante».

Por fin desembocaron en una pequeña habitación con una gran puerta frente a ellos.

—«Zumby», ábrela.

El robot avanzó hacia ella.

Nuevamente la decodificación electrónica y la esclusa se descorrió ante ellos.

«Dog» pasó en primer lugar.

Se quedó boquiabierto. Aquello era como asomarse al balcón del piso doscientos de un rascacielos de Nueva York, con la única diferencia de que ante ellos todavía quedaban miles de pisos y un techo, casi invisible por la lejanía.

Frente a él había más rascacielos, todos ellos formados por puertas, escaleras, ventanas. Edificios de muchos cientos de miles de metros.

Algunas de las ventanas estaban iluminadas, y parecía que detrás de ellas había movimiento Pero...

¿Eran robots o seres vivos?

«Dog» se maldijo por no haber tomado la precaución de traer alguna de las pequeñas esferas de T.V., alguna «mosca».

Y, en aquel momento, una penetrante sirena comenzó a funcionar, llenando todo aquel infinito espacio con su penetrante ulular.

Unos zumbidos se sobreimpusieron al sonido de la sirena.

«Zumby» alzó la cabeza.

—Creo..., creo que están avisando de que un intruso ha entrado en la nave... Creo que ese intruso eres tú.

Como corroborando las palabras de «Zumby», un montón de robots

aparecieron por el pasillo que acababan de abandonar, corriendo locamente hacia ellos.

«Dog» no lo pensó dos veces: los robots le cortaban el paso, y él estaba en un balcón.

Rodeó a «Zumby» con el brazo, sujetándolo fuertemente, conectó el motor dorsal de su traje, y saltó al vacío.

Cayó durante unos segundos, hasta que logró situarse en la postura adecuada.

Aunque escasa, aquel planeta hueco tenía algo de gravedad y, cuando consiguió estabilizar su postura y enfocar correctamente los motores, se sintió flotando y casi se puede decir que se inmovilizó en medio del vacío.

La cuadrilla de robots había llegado al balcón y lanzaron unos zumbidos intermitentes, sin apartar los ojos de él.

En otros balcones y ventanas, habían hecho su aparición más robots.

Varios de ellos, unos cuantos pisos más abajo, se estaban introduciendo en un vehículo similar a un coche terrestre descapotable.

Cuando estuvo lleno, el coche comenzó a volar suavemente, hacia ellos.

— ¡Agárrate a mí, «Zumby»! Necesito las manos libres.

El robot obedeció cogiéndose a «Dog» y colocándose como si se tratase de una mochila.

«Dog» desenfundó su pistola láser.

Más coches aerodeslizadores se habían unido al primero. Unos bajaban desde los pisos superiores, otros ascendían desde los inferiores. A los lados de los rascacielos empezaban a despegar otros.

El primero en acercárseles fue uno de los laterales.

Con toda la sangre fía del mundo, «Dog» apuntó su pistola hacia él y abrió fuego.

El rayo impactó en el costado del aerodeslizador. No le hizo ninguna mella en la carrocería, pero el impacto lo desplazó lateralmente yendo a chocar contra otro que ascendía.

Saltaron chispas de su base y uno de los robos salió despedido hacia el vacío.

Pero «Dog» no tenía tiempo de estudiar el resultado de su acción. Febrilmente estaba haciendo puntería contra los demás coches, provocando carambolas y choques entre ellos.

Al sonido de la sirena, que no había cesado, se habían unido los miles de zumbidos de todos los robos lanzados tras él, así como las explosiones de los vehículos que estallaban al ser alcanzados por los disparos o por los choques con otros aerodeslizadores.

«Dog» pronto descubrió que el punto débil de los vehículos estaba

situado en sus bajos, por lo que concentró sus disparos en los que venían hacia él desde arriba.

Su descubrimiento le costó muy caro al ejército de robots. La parte donde se encontraba «Dog» comenzaba a convertirse en peligrosa: cantidad de vehículos, piezas, robots y partes de robots, se precipitaban, cayendo.

Era una lluvia mortal. Cualquiera de esos trozos de hierro humeante que le alcanzase le arrastraría en su caída, le rompería el traje o le arrancaría de cuajo un brazo.

Giró sus motores. Lo único que podía hacer era apartarse de aquel infernal túnel de la muerte.

¿Pero hacia dónde?

No tenía tiempo de pensarlo.

Flotó hacia una de las puertas que había ante él, confiando en que «Zumby» fuera capaz de abrirla antes de que los alcanzasen.

— ¡Rápido, busca la clave! —gritó «Dog».

Y entonces la sirena, los zumbidos, todo el ruido, cesó y se oyó una voz diciendo:

—No. «Zumby», no abras esa puerta.

El robot permaneció inmóvil, desobedeciendo a «Dog».

En un instante, mil rayos azules salieron del marco de la puerta inmovilizando a «Dog» y a «Zumby».

¡Atrapados!

La voz volvió a sonar.

Venía de un aerodeslizador que se acercaba a ellos majestuosamente.

«Dog» giró la cabeza para poder observarlo. Dentro estaba «Cat» y varios tipos no muy altos, bastante gruesos, y de un color verde bilis.

—Hola, «Dog»... ¿No saludas a los amigos? —dijo «Cat».

Y lo dijo apuntándole con un rayo láser directamente entre los ojos.

— ¡«Cat»! ¿Qué demonios haces con esa gente?...

Antes de contestarle, «Cat» se volvió hacia uno de los hombrecillos de verde.

—Desarmadlo y vayamos a un sitio tranquilo donde podamos charlar.

El alienígena transmitió estas órdenes a sus robots, que las cumplieron prestamente.

«Dog», dentro de su red de rayos azules de luz, fue llevado a remolque por el aerodeslizador, que se introdujo entre los edificios, y por unos túneles, hasta llegar a una gran sala con una mesa en el centro.

Sobre la mesa había comida, bebida... Y, a su alrededor, varios sillones.

Con un gesto de la mano de «Cat» uno de los hombrecillos verdes oprimió un botón y la red que apresaba a «Dog» se desintegró en el aire.

«Dog» se levantó lentamente, condolido por los golpes y por el trato recibido. Una vez de pie, se irguió entre «Cat» y clavó sus ojos en él.

—Supongo que tendrás algo que explicarme...

—Claro que sí: muchas cosas. En primer lugar que somos ricos, en segundo lugar que estamos entre amigos... Pero más vale que te pongas cómodo y calmes tu hambre. Podrás ver que yo voy sin traje espacial. Si quieres, puedes hacer lo mismo. ¡Estarás más cómodo! Y hace falta un poco de tranquilidad y espacio para poder charlar largo y tendido.

«Dog» asintió con la cabeza.

Como rindiéndose.

Lentamente comenzó a aflojar las hebillas estancas, se abrió la cazadora, y se desprendió de los pantalones.

Cuando estaba sacando una de las pantorrillas de la pernera del traje espacial, no pudo contener un gesto de dolor y cayó al suelo.

«Cat» se acercó a él solícito.

— ¡«Dog»! ¿Te pasa algo? ¿Estás herido?

Su compañero le contestó con la mano derecha: cerrando los dedos y lanzándolo con toda su potencia hasta la mandíbula de «Cat».

Éste salió impulsado hacia la pared, lanzando un gran rugido.

Antes de que «Dog» pudiera moverse, los tres hombrecillos de verde y sus robots estaban apuntándole con unos láser aparecidos milagrosamente, en sus manos.

—Un solo movimiento más y..., se acabó la rabia —dijo «Cat» desde el suelo frotándose la mejilla.

«Dog» alzó las manos en un gesto universal de rendición.

No tenía ganas de seguir luchando.

Aquél había sido su último gesto de defensa y rebeldía. ¿Por qué había aparecido «Cat» con aquellos tipos? ¿Por qué no se había puesto junto a él, defendiéndolo? ¿Por qué no había intervenido para evitar que le acosaran? ¿Por qué era tan amigo de ellos y tan distante con él?

—He recorrido media galaxia para rescatarte... — comenzó a decir «Dog»—, y, ahora, apareces como un profesor explicándole a un alumno lo mal que ha aprendido la lección... ¡Un profesor parapetado detrás de unos lásers y desintegradores!...

«Cat» lanzó una carcajada.

—No juegues a ser sentimental, viejo... ¡Tú has venido porque al entrar en la nave yo dije que había oro! ¡Has venido por pura codicia!

«Dog» lo miraba boquiabierto. ¡En ningún momento había pensado en el dinero! Lo único que le había movido era intentar salvar a su socio.

Sonrió amargamente.

—Piensas que todos son como tú... ¡Ese oro te ha vuelto loco!

Ahora fue «Cat» el que sonrió.

—No había nada de oro. Ni un solo gramo. Pero quería estar seguro de que me seguirías.

«Dog» negó con la cabeza.

—No tengo ganas de seguir hablando: dime lo que esperáis que haga. Si puedo, lo cumpliré, y después me largaré.

—Que se espera que hagamos los dos —puntualizó «Cat»—. Pero, antes, repón algo de tus fuerzas. Se perfectamente que el «Basura Cósmica» no tenía las despensas muy bien provistas..., y no es justo que estemos aquí charlando, mientras todos esos manjares esperan que te los comas.

«Dog» obedeció. Se sentó dócilmente a la mesa, y comenzó a comer. Frente a él, en otro sillón, «Cat» dio principio a su charla.

—Entré en contacto con esta gente en Milestone..., ¿te acuerdas? ¡Allí fue donde compré a «Zumby»! Esta gente ha permanecido sin contacto con la civilización desde su nacimiento. Son un pueblo pequeño..., no más de dos mil habitantes. Viajan por la Galaxia en esta nave en forma de planeta. Según creen sus historiadores debe de ser una nave que hace millones de años abandonó algún planeta. No saben cuál. Desde entonces han ido vagando por el espacio.

«Cat» se tomó un respiro antes de proseguir:

—Pero tienen un alto nivel tecnológico, como muy bien habrás podido comprobar. Esos rayos azules, si ellos lo desean, pueden ser mortales, o curar enfermedades, o arrastrar planetas detrás suyo. De sus naves no hace falta que te hable. ¡Recuerdo perfectamente cuando tropezamos con el pecio en el espacio!

— ¿Tropezamos casualmente? —preguntó «Dog».

—No. Yo había quedado «citado» allí con ellos. Pero sabía que si te decía que deberíamos adentrarnos en Outlands durante varios días, tú te negarías en redondo... ¡Necesitaba un señuelo para atraerte hasta aquí!

—Pues ya me tienes... ¿Qué quieres de mí?

—Compartir la riqueza. Ellos quieren entrar en contacto con nosotros, pero tienen miedo de ser absorbidos, de que sus conocimientos sean utilizados para el mal. Y nos han elegido a nosotros como embajadores...

— ¡Muy bien! —replicó «Dog» irónicamente—. ¿Cuál será nuestro sueldo?

—El pecio que encontramos. Esa nave cargada de todos sus adelantos científicos, de todos sus hallazgos, de toda su cartografía de Outlands... ¡Ellos conocen perfectamente lo que nosotros desconocemos!

—Y... ¿Por qué nos han elegido a nosotros y no han entrado en contacto con algún gobierno, o con alguna de las Grandes Compañías?

—Tienen miedo de que los utilicen en beneficio de sólo unos pocos... ¿Te imaginas lo que podría hacer la Compañía de las Galaxia Orientales con todo el poder de que «mis amigos» disponen?

«Dog» estaba sumido en un mar de confusiones: estaba dolorido, cansado, con sueño, su cerebro no era capaz de asimilar todo lo que estaba diciéndole su socio.

—Descansa, «Dog» —le dijo su compañero como adivinándole el pensamiento—. Mañana hablaremos y haremos los preparativos.

La acompañaron a un confortable dormitorio con un cuarto de baño «para humanos» y lo dejaron allí.

A «Dog» le costó mucho conciliar el sueño. A pesar de que su cuerpo se lo pedía desesperadamente, su cerebro estaba ocupado por mil y una preguntas... Pero, por fin, lo consiguió y durmió durante casi doce horas.

Cuando despertó, su cerebro estaba perfectamente. Se aseó ligeramente en el baño. Casi cuando estaba terminando, «Cat» entró en su habitación.

—Ya está todo preparado. Mis amigos han montado un sistema de rayos azules en el «Basura Cósmica» que nos permitirá arrastrar la nave—tesoro hasta la zona conocida.

«Dog» asintió con la cabeza. «Cat» lo miró con suspicacia.

— ¿Todavía estás dolido conmigo? ¡Tienes que comprender que era la única manera de atraerte hasta aquí!

«Dog» asintió con la cabeza. «Cat», al ver aquel simple gesto, hizo uno de desilusión.

—En fin, confío en que en los días que nos quedan hasta volver a la

civilización, pueda convencerte de que obré de buena fe.

No hablaron de nada más hasta estar de nuevo en la nave, en el «Basura Cósmica». Despegaron con facilidad. Según parecía, los técnicos de los hombrecillos—verdes se habían preocupado a fondo de poner a punto la nave: todo funcionaba a la perfección. Y, además, llevaban aquel monstruoso tesoro a rastras.

11

Transcurrieron dos días, sin que los socios intercambiarán más palabras que las estrictamente necesarias para seguir navegando.

Al tercero la situación estalló. Como siempre.

«Dog» entró en el cuarto de «Cat» empuñando un láser amenazadoramente.

— ¿Qué haces? ¿Quieres matarme y quedarte tu solo con el dinero?

Por toda respuesta, «Dog» se volvió hacia «Zumby» y dijo:

—Actúa.

— ¡Quieto, «Zumby»! ¡Alto!... ¿No me oyes? ¡Te digo que te detengas!

—Ahórrate las palabras. He reprogramado al robot. Me he dado cuenta de que tú o tus amigos lo habíais preparado para que «contribuyera» a llevarme hasta vosotros: sus adecuadas interpretaciones, sus sugerencias... ¡Todo en él estaba listo para «empujarme» hacia los brazos de tus amigos!

— ¿Y eso es tan grave?

—No eres el mismo, «Cat»... ¡Has cambiado mucho! ¡Sobre todo te has vuelto mezquino!... ¡Y tú siempre has sido lo contrario! ¡En cuanto has tenido un puñado de dólares, has encontrado la fórmula para gastarlos! Y, sin embargo, ahora estabas convencido de que yo me movería sólo por dinero. ¡Quiero averiguar un par de cosas!

«Zumby» se había colocado junto a «Cat». Extendió su brazo hacia él, le pinchó con uno de sus dedos hipodérmicos.

— ¿Qué quieres de mí? —dijo «Cat» conforme sus ojos se iban cerrando.

—Nada importante. Sólo interrogarte y que me contestes la verdad...

«Cat» cayó en un profundo sopor. «Dog» examinó sus pupilas a la vez que comenzaba el interrogatorio.

— ¿Son sinceros tus amigos al explicarnos sus motivos?

—Sí.

— ¿De verdad quieren darnos todos esos adelantos a la Confederación?

—Sí.

— ¿Me has mentido en algún momento?

—No.

«Dog» se calló. Por unos instantes pensó que su comportamiento había sido demasiado suspicaz hacia su socio.

—Creo que está programado —dijo «Zumby» a espaldas de «Dog». Éste se volvió sorprendido.

— ¿Qué quieres decir?

—Sus respuestas no son naturales. Si me permites, tengo unas

nociones de hipnosis, que unidas a mis conocimientos sobre programación de computadoras y a los estudios sobre sicología de la conducta..., creo que puedo «desprogramar» a «Cat».

«Dog» se levantó dejando el terreno libre al robot.

Éste comenzó a emitir unos chirridos junto al oído de «Cat» que sólo se limitaba a asentir y negar con la voz.

— ¡Ya está! —dijo al fin el robot—. Era muy simple, le habían programado de la misma manera que él me programó a mí, utilizando el mismo código. Ahora ya está en condiciones de responder a todas tus preguntas.

— ¿Y cuando despierte? —preguntó inquieto «Dog».

—Seguirá siendo el «Cat» de antes de la programación.

«Dog» se colocó junto a su amigo. Repentinamente se sentía más unido a él. Toda la frialdad de los últimos días había desaparecido al comprender que su socio no había sido responsable de sus actos.

— ¿Qué pretenden esos hombrecillos—verdes?

—Quieren controlar nuestra civilización. Nos necesitan como esclavos para sus procesos de colonización.

—Explícate mejor, desde el principio —apremió «Dog».

—Con su potencial militar, podrían entrar a sangre y fuego en nuestras galaxias, pero antes de apresar a todos los científicos, políticos y militares, éstos habrían huido refugiándose en mil planetas y creando mil focos de resistencia. Si nosotros conseguimos convencerles de que se reúnan con los hombres—verdes, les facilitaremos su tarea... ¡Los encontrarían a todos reunidos!

«Dog» se pasó las manos por la cara: ¡Aquello era mucho más de lo que había esperado oír!

— ¿Hay alguna forma de combatirlos? —preguntó ansiosamente.

—Sí, si todos nos ponemos de acuerdo. Si todas las naciones de la Confederación atacan su planeta.

—Aquí, la «Compañía de las Galaxias Orientales» —atronó la voz del capitán Litvak, a través de los altavoces—, os estaba esperando.

«Dog» corrió hacia los controles.

— ¡Es una emergencia, Litvak! Tenemos que llegar lo antes posible al Palacio de la Confederación... ¡Todo está en peligro!

—Muy bien... ¡Y vosotros sois los que vais a salvar al mundo...! ¿No es así? Pues si tenéis tanta prisa... más valdrá que os desprendáis de ese lastre que os impide marchar rápido.

— ¡Es una de nuestras pruebas! —aulló «Dog».

— ¡Muy bien! ¡Queda requisada! Un solo movimiento extraño en vuestra nave y os achicharraré.

— ¡Esto se llama piratería!...

—Más bien obtención de beneficios... ¡Y ya está bien de charla!, soltad la nave y dejadla a la deriva. Vosotros podéis largaros... ¡Pero

rápido!

«Dog» se apresuró a lanzarse hacia los mandos.

— ¿Qué vas a hacer? —le preguntó «Zumby».

—Voy a dispararles un rayo láser.

—No. Será mejor que les obedezcas.

— ¿Estás loco? Se quedarán el pecio, lo desguazarán y...

—Mientras ellos lo atrapan y arrancan, nosotros podemos ir al encuentro del Ejército de la Confederación.

— ¿Y tú crees que se tragarían una historia como ésta sin pruebas?

—Tenemos pruebas..., ¡yo he filmado todo lo sucedido! —afirmó «Zumby»—. Una de las células fotoeléctricas de mis ojos es, en realidad, una microfilmadora, capaz de más de mil horas de filmación. Lo tengo todo grabado.

«Dog» lo miró boquiabierto y preguntó:

— ¿Todo? ¿La nave misteriosa, el planeta...? ¿Todo?

— ¡Todo! Eso significa que nos creerán a pies juntillas, que a la Compañía le cancelaran el permiso de comercio y navegación por piratería espacial y por secuestro de pruebas que atentan contra la seguridad de la Confederación...

— ¡Voy a soltar la nave!

—Espera un momento. Convendría que cuando desconectes los rayos azules que la sujetan, le des un ligero empujón, de manera que el pecio vaya hacia la «Sugar Star»... ¡De esa forma estarán tan ocupados en evitar el choque que no tendrán tiempo en tramar nada contra nosotros, y podremos escapar!

— ¡Muy bien pensado!

«Dog» comenzó a obedecer a «Zumby».

— ¿Qué sucede? —preguntó «Cat» levantándose de su lecho y acudiendo al puente de mando—. ¿Qué hago aquí? Lo último que recuerdo es que estaba entrando en esa nave... ¿La has atrapado tú solo, «Dog»?

—Es muy largo de contar. Luego te lo explico. Ahora se la voy a regalar a la Compañía. ¡Confía en mí!

«Cat» confió en «Dog».

«Dog» confió en «Zumby».

EPÍLOGO

Diez días después, con el planeta hueco destruido, un notario de Milestone admitió, por primera vez en la Historia, a un robot como propietario del 33,333% de las acciones de la «Compañía de Basura Cósmica», con un capital social evaluado en MIL MILLONES DE DÓLARES, producto de las indemnizaciones a que fue condenada la Compañía de las Galaxias Orientales.

«Cat», «Dog» y «Zumby» se montaron las más lujosas oficinas que nunca habían existido: guapísimas secretarias, campos de golf interiores, selvas y bosques tropicales…

—Creo que empiezo a estar un poco cansado de esta vida… —comenzó a decir «Cat» a los quince días exactos de la inauguración de las oficinas Centrales—. ¿Qué opinas «Dog»?

—Siempre habías dicho que tu meta en la vida era no hacer nada.

—Pero ahora que lo tengo, ¡me aburro! Estaba pensado que en Outlands hay una zona que…

«Dog» no le escuchó más. Oprimió el botón del interfono y dijo:

—Señorita Grace. Dé orden de que preparen el «Basura Cósmica», para un viaje de un mes. Saldremos esta misma tarde.

—Es justo lo que estaba necesitando —dijo «Zumby» entrando en la habitación—. Algo que anime nuestras vidas. Últimamente estábamos demasiado nietos.

— ¿Nietos? —preguntó «Dog» comenzando a sonreír—. ¡Me parece que quieres decir quietos!

Y los tres estallaron en carcajadas.

FIN



PATRULLA
X
CAPITÁN AMÉRICA
ALPHA FLIGHT

CUATRO SERIES
en las que sólo tienen cabida obras
RIGUROSAMENTE INEDITAS
de los autores de mayor prestigio

Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Serie oeste
MUSTANG

Serie policíaca
TOP SECRET

Serie terror
THANATOS

75 ptas.